

**Frederick B. Meyer**

**Josué:  
el líder escogido**

**CLIE**

# ÍNDICE

Capítulo 1	El libro de Josué	3
Capítulo 2	La divina comisión	7
Capítulo 3	Tres días de pausa	10
Capítulo 4	El paso del Jordán	15
Capítulo 5	Las piedras de Gilgal	18
Capítulo 6	Tres días consecutivos	22
Capítulo 7	El guerrero de Dios	26
Capítulo 8	Las murallas de Jericó	29
Capítulo 9	Captura y derrota	35
Capítulo 10	El valle de Acor	39
Capítulo 11	Ebal y Gerizim	43
Capítulo 12	Tretas del Maligno	47
Capítulo 13	Un día inolvidable	50
Capítulo 14	Reclamando la victoria	54
Capítulo 15	Reposo en los lugares celestiales	57
Capítulo 16	Nuevas tierras para conquistar	63
Capítulo 17	Un compañero veterano	66
Capítulo 18	Recibir y reinar	70
Capítulo 19	Concluyendo la tarea	73
Capítulo 20	La tierra prometida	77
Capítulo 21	Amad con diligencia	80
Capítulo 22	Vísperas	83

# Capítulo 1

## El libro de Josué

Hay en el libro de Josué un especial significado íntimo que no se agota con la historia de la exterminación de cananeos, de la repartición y colonización de Canaán y de la noble sencillez y hazañas militares de Josué. Es imposible suponer que se haya dedicado tanto espacio al registro de estos eventos a menos que haya habido algún propósito sagrado y profundo, alguna verdad espiritual de fondo necesaria para el crecimiento de almas santas a través de las edades.

La clave de este significado interno lo da el escritor de la Epístola a los Hebreos, cuyos capítulos 3 y 4 son muy importantes para determinar el curso de nuestra interpretación; y es a una apreciación más clara del verdadero significado de estos capítulos que ha de atribuirse el interés creciente de la Iglesia de Dios en la historia de este soldado fuerte, sencillo, humilde y sin dobleces.

El estudio cuidadoso de los capítulos mencionados nos demuestra que, aunque Canaán no fue el reposo de Dios, sí fue un tipo vívido del bendito descanso al cual podemos entrar ahora y aquí mismo: «Los que hemos creído entramos en el reposo» (He. 4:3).

Ciertamente, nuestro Señor Jesucristo ha entrado en su reposo, como Dios al suyo. Él es por lo tanto el representante de sus seguidores, a quienes les asigna la tierra ideal de Canaán al creer. Se nos urge a que con diligencia entremos en ese reposo, para que ningún hombre «caiga en semejante ejemplo de desobediencia» (He. 4:11).

Todas estas referencias ayudan a establecer la importancia espiritual de esta maravillosa historia que habla de esa satisfacción del descanso, la riqueza y la victoria que disfrutaron los que han llegado a conocer las cosas secretas que Dios ha preparado para los que lo aman y que son reveladas por su Espíritu. A saber, se establece una analogía entre los «lugares celestiales» y la tierra de Canaán.

Hay otro libro del Nuevo Testamento en profundo acuerdo espiritual con la historia contada en el libro de Josué. Es la Epístola a los Efesios, que se alza por encima de todas las otras epístolas como la elevada torre de una enorme catedral por encima de toda la hermosa arquitectura que la sustenta, y lleva en su centro el campanario que con su tañido llama a bodas. En esa epístola ya se pueden ver notas que anuncian la consumación de la creación en las bodas del Cordero.

La expresión característica de Efesios a «los lugares celestiales» no se refiere al Cielo, por supuesto, sino a aquella experiencia espiritual de unidad con el Salvador en su resurrección y exaltación, que es el privilegio de todos los santos, y que es de ellos en Él (véase Ef. 1: 3, 20; 2:6; 3:10). Así, podríamos decir que el libro de Josué es con relación al Antiguo Testamento lo que la Epístola a los Efesios es al Nuevo.

Cuando el Señor se le apareció a Moisés en la zarza ardiendo, se comprometió no sólo a rescatar a su pueblo de la tierra de los egipcios, sino también a conducirlos desde esa tierra hasta otra que manaba leche y miel. La emancipación del yugo de Faraón fue sólo su preparación para el establecimiento en la tierra de la promesa.

Las plagas de Egipto que hicieron caer las cadenas de las muñecas doloridas de una nación esclavizada, la institución de la Pascua y el derramamiento de sangre, el paso del Mar Rojo y la destrucción del ejército egipcio, todo eso se habría frustrado de no haber culminado en el establecimiento de Israel en Canaán. De ninguna otra manera se podía cumplir la promesa divina hecha a Abraham.

De modo similar, aunque parece que muchos de los redimidos del Señor lo ignoran, todos los hechos grandiosos de la historia de la Iglesia preparan a todos los creyentes para la entrada jubilosa a la vida bienaventurada. Será una vida de gozo como una eterna canción sin palabras, una paz que sobrepasa todo entendimiento, y un amor inefable.

Es de notar la constancia con que las epístolas apuntan hacia esta experiencia. Los apóstoles escriben sus gloriosos párrafos para el perfeccionamiento de los santos y la revelación de las verdaderas condiciones de santidad, victoria y poder.

Examinémonos, pues, a la luz de las promesas hechas a Israel, que son tipos y semejanzas de realidades eternas; y si no se asemejan a la realidad de nuestra experiencia espiritual, entonces debemos saber que estamos frustrando el propósito divino en nuestra redención. Dejemos lo que queda atrás y extendamos la mano hacia delante para tomar posesión de la buena tierra de más allá del Jordán, asiendo aquello para lo cual fuimos asidos por Jesucristo.

La ley de Dios nunca puede introducir al alma humana a la tierra prometida; no porque tenga defectos, sino por la debilidad y el pecado del hombre. En ese maravilloso ejemplo de autoanálisis que el apóstol Pablo nos da en su Epístola a los Romanos, insiste en la afirmación de que la ley es santa, justa y buena; nos dice que se deleita en ella el hombre interior, pero que encuentra otra ley en sus miembros en conflicto con la ley de su mente y poniéndola en cautividad. Es la presencia de esa maldad en nuestros miembros lo que imposibilita la obediencia a la ley de Dios, llenándonos de desánimo e inquietud, de luchas constantes y fracasos perpetuos. Por lo tanto, debemos dejar la ley como regla exterior de vida en el pasado, a fin de que el Josué divino nos lleve a la Tierra Prometida.

Así como el perdón de los pecados y la vida eterna son el regalo gratuito de la gracia divina para ser recibidos por la fe, así también la plenitud de la bendición del Evangelio de Cristo se da sólo a aquellos que, sin merecerlo y sin esforzarse, la reciben con las manos vacías. No obramos para alcanzar el descanso, como hicieron los judíos, sino porque ya lo hemos alcanzado por la fe.

Una característica extraordinaria de la historia de Josué es que Dios continuamente se dirige a él y no al pueblo, y le da a él lo que estaba destinado para la gente de Israel. Y a él le tocaba repartirlo. Este pueblo debía heredar la tierra que «había jurado a sus padres que les daría». Él puso todo en las manos de Josué, como el depositario de Israel; y, al terminar la guerra de los siete años, leemos: «Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová habla dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus» (Jos. 11:23).

¡Con cuánta perfección se realiza este arquetipo en nuestro bendito Señor! A Él, como representante y depositario de su pueblo, se han dado toda clase de bendiciones espirituales, y Él las guarda para que nosotros las reclamemos. Se le ha dado todo poder en el Cielo y en la Tierra. El Padre ha dispuesto

que Él tenga vida en Sí mismo, para que Él pueda darnos vida en abundancia. Él está lleno de gracia y verdad, para que de su plenitud todos podamos recibir. Él recibió del Padre la promesa del Espíritu Santo, para que Él pueda derramarlo en la plenitud pentecostal.

Con diligencia busquemos la apropiación de toda nuestra herencia en Jesucristo; y por la fe tomemos posesión de todo lo que Él tenga a su cuidado para nosotros. Reclamemos las promesas.

Con todo, sabemos que la generación que clamó: «Quisiera Dios que hubiéramos muerto en el desierto», en realidad murió allí. Todavía se observan escenas como esas. La situación de la Iglesia llena de amarga tristeza el corazón de su Señor. A pesar de su agonía y su sudor de sangre, de su cruz y su padecimiento, de las reconvenciones de su Palabra y de su Espíritu, y aunque la buena tierra de Canaán ya se alcance a ver, son comparativamente pocos los que parecen haberse dado cuenta de los propósitos del Señor. A nuestro derredor hay almas redimidas por su sangre y que se han contado entre su pueblo y, sin embargo, perecen fuera de la tierra de bendición en tumbas de mundanidad, desenfreno y pecado dominante.

Las siete naciones de Canaán defendían su tierra con fortificaciones y carros de hierro; pero el Señor las convirtió en «pan comido» para su pueblo. Atacaron al ejército invasor con todo el orgullo de sus grandes batallones y en completa preparación bélica; pero huyeron apresuradamente ante el rechazo y la voz atronadora del Señor.

Los «lugares celestiales» tampoco están libres del ruido del conflicto ni de la presencia del enemigo. Aquellos que han resucitado espiritualmente para sentarse en esos lugares con Cristo tienen que enfrentarse a las huestes espirituales de maldad, a los príncipes de la potestad del mal. Pero estos son enemigos conquistados y vencidos. No obstante, son terribles y están decididos a dominarnos a menos que permanezcamos junto a nuestro gran Josué que ya los ha conquistado, y a menos que tengamos puesta toda la armadura de Dios (véase Ef. 6:10-17).

En definitiva, la tierra de Canaán y los lugares celestiales son uno. Podemos discernir en estas antiguas Escrituras las ideas más profundas del Nuevo Testamento.

## Capítulo 2

### La divina comisión

Cuando Josué estaba para emprender su gran obra, se le dijo en repetidas ocasiones que se esforzara y fuera muy valiente. Poco tiempo antes de la muerte de su predecesor, una gran asamblea de Israel había sido convocada, en la cual Moisés había transferido solemnemente su oficio a su sucesor y le había hecho un encargo, diciendo: «Esfuézate y ánimo; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra» (Dt. 31:7). Y ahora la voz de Dios repite la comisión y el mandato.

Al principio nos asustamos al considerar que todos aquellos que Dios emplea en su servicio han de ser fuertes, pues, si es así, los que somos como Ejud, zurdos, o como Gedeón, los más pequeños en la casa de nuestro padre, o como Saulo de Tarso, dolorosamente conscientes de nuestra debilidad, jamás podremos pasar de soldados rasos en el ejército del Señor.

Al recibir Moisés su sentencia de muerte al otro lado del Jordán, nadie pudo haber sentido más tristeza que su fiel amigo y ayudante Josué; y la idea de sucederle en el mando jamás le pasó por la mente. Por eso, cuando le llegó el llamamiento para asumir el oficio que Moisés iba a dejar, se sintió desmayar y necesitó toda clase de ánimo y estímulo, de Dios y de los hombres. «Esfuézate» significa que él se sintió débil; «sé muy valiente» quiere decir que estaba asustado; «no desmayes» supone que pensaba seriamente en la posibilidad de abandonar su tarea. Si se sentía tan insignificante como un gusano, ¿cómo podría liberar a Israel de sus enemigos?

Es cuando los hombres se encuentran en tales condiciones que Dios se les acerca con la comisión de que realicen obras enormes. Dios suele usar instrumentos humanos débiles porque la mayoría de nosotros nos creemos demasiado fuertes para sus propósitos, y estamos muy orgullosos de nuestros métodos, esquemas y planes. Necesitamos que Él nos vacíe de nuestros propios valores, que nos humille, para convertirnos luego en la vara de su poder. El mundo habla de la supervivencia del más fuerte; en cambio, Dios le da fortaleza al desmayado y aumenta las fuerzas de los débiles. Y es que su poder se perfecciona en la debilidad....

En el caso de Josué se cumplió como siempre la regla eterna de que la fidelidad en lo poco es la condición para obtener el gobierno sobre lo mucho, y la lealtad del siervo es la vía por donde se llega a la realeza del trono: «Después de la muerte de Moisés, siervo de Jehová (...) Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés» (Josué 1:1).

Los años más recientes del pasado de Josué habían estado llenos de los empeños más nobles y elevados. Durante cuarenta años, si Josefo está en lo cierto en cuanto a lo que dice acerca de la edad de Josué a la muerte de Moisés, él compartió la esclavitud y las tristezas de su raza. Como descendiente de una de las familias principales de Efraín (véase Nm. 13: 8, 16), tomó parte en la dirección del éxodo, y allí se probó como digno de toda confianza.

Su conflicto con Amalec, su buen informe de la tierra prometida, su negativa a participar en modo alguno en el desastroso ataque a los cananeos, su deseo de conservar el buen nombre y la fama de Moisés, su paciente resistencia de los años de fatigoso peregrinaje, todo esto probó que su carácter no era nada común. Esta comisión dada a Josué como líder de Israel fue el premio por más de ochenta años de servicio fiel.

Ninguno de nosotros podría saber para qué nos está preparando el Señor. Nos quejamos y murmuramos por nuestras tareas de la rutina diaria, sin saber que es el único modo como podemos estar preparados para el alto y santo oficio que nos espera. La voluntad de Dios se nos manifiesta en las circunstancias diarias, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes.

Hubo en el caso de Josué un llamamiento claro: «Levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que Yo les doy (...) Esfuérate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos» (Jos. 1: 2, 6).

Cuando un creyente sabe que ha sido llamado para hacer cierta obra, es invencible. No está ignorante de sus propias deficiencias, ya sean naturales o intelectuales. No es insensible a las dificultades; nadie como él puede ver tan rápidamente las rocas inmensas, las puertas de hierro, las ciudades amuralladas y los ríos anchos y caudalosos. No es invulnerable a los dardos del ridículo y la crítica adversa. Pero en todo esto mira siempre al propósito declarado de Dios y se somete como el canal a través del cual tal propósito puede realizarse.



La tarea de Josué era difícil. La gente de Canaán estaba bien versada en las ciencias y artes contemporáneas, adquiridas por el comercio con los fenicios al norte y los egipcios al sur. Parecía absurdo suponer que una nación tan joven fuera a desposeer naciones que habían conquistado el país y estaban preparadas para pelear por su territorio, empleando los mejores métodos bélicos. Es evidente que la promesa insistente de Dios de establecer a Israel con su ayuda debió ser una gran fuente de fortaleza para él. Pero, sobre todo, tenía la seguridad de la presencia de Dios: «Como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé».

Había, empero, una cosa en la cual Josué no podía igualar a su predecesor: ambos estaban en constante y necesaria comunicación con Dios, pero Josué tenía que buscar el consejo a través del sumo sacerdote, en tanto que Moisés gozaba de la comunión directa con el Altísimo (véase Éx. 33:11) Con todo, Josué, hijo de Nun, estaba igualmente seguro de la compañía de su gran Aliado, aunque le faltara la visión directa de Dios.

Durante las arduas campañas que siguieron, nada podía quitarle el valor a Josué mientras vibrara en sus oídos la promesa: «Yo estaré contigo».

Tenía además inherente la Palabra de Dios en su corazón: «Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él».

Debemos mediar en las palabras de Dios, ya que es a través de la Palabra de Dios que el Espíritu de Dios viene en plenitud para ser el poderoso ocupante de nuestro hombre interior. Después de todo, este es el secreto de la fortaleza: ser poseídos por el poderoso Hijo de Dios, fortalecidos por su fuerza interior y llenos del Espíritu Santo.

En otras palabras, cuando Cristo está en nosotros podemos hacer todas las cosas con un poder sin impedimentos. El único límite está en nuestra fe y capacidad, es decir, en nuestra absoluta sumisión a su presencia en nosotros. ¡Nuestro Señor resucitado está lleno de poder!

Esforcémonos, pues, en nuestras debilidades por el poder fortalecedor de Cristo. Llevémosle todas nuestras preocupaciones, ansiedades, dificultades y temores; ante su presencia se derretirán como la nieve con el calor del sol. Entonces, nuestro camino será prosperado, y con mucho éxito; y aun podremos guiar a una nación a su herencia en la Tierra Prometida.

## Capítulo 3

### Tres días de pausa

Toda la tierra de Canaán era de Israel por derecho de donación. Acaso, tan pronto como Lot se había separado de Abraham, escogiendo toda la llanura del Jordán y levantando sus tiendas hacia Sodoma, el Señor se había acercado a su fiel siervo, asegurándole que no lo dejaría perder por su magnanimidad: «Hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates» (Gn. 15:18).

Pero aunque así era, tuvieron que conquistar pedazo a pedazo todo el país y tomarlo de las manos de sus poseedores. Había que dejar las huellas de los pies en la tierra que se quería tomar y reclamar. No nos resulta difícil comprender estas cosas, ya que espiritualmente estamos precisamente en posición similar. Nuestro Padre Dios nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en Cristo, pero no son nuestras para disfrutarlas hasta que las reclamemos y nos las apropiemos por medio de una fe viva: son nuestras solamente si nos aprovechamos de ellas. De ahí la necesidad de esforzarnos y ser valientes.

Pero ahora se presentó una nueva e inesperada demora. Se ordenó una espera de tres días. Los funcionarios informaron al pueblo que tendrían que pasar tres días antes de que pudieran avanzar para poseer la tierra que el Señor Dios les daba con ese fin.

No olvidemos que «tres días» es el período reconocido en las Escrituras para la muerte y la resurrección. Era, por lo tanto, apropiado que pasara este tiempo antes de que el pueblo pudiera pasar a un estado de resurrección a través de una muerte simbólica.

También había otra razón más profunda para la demora, que afecta íntimamente a uno de los mayores principios de la vida interior. A saber, cuando Israel llegó a sus orillas, el Jordán estaba crecido e inundaba las vegas a ambos lados de su lecho: era la época de las «inundaciones del Jordán», que años más tarde se emplearía como expresión para referirse a un problema muy grande.

Ante el asombro de la multitud reunida, las turbias aguas corrían agitadas, alimentadas por las nieves derretidas del monte Hermón y transportando troncos de árboles y otros desperdicios arrancados de las orillas en su descenso impetuoso.

Al otro lado del río estaba Jericó, rodeada de palmas y tamariscos, en un paraíso de vegetación exquisita, con sus arbustos aromáticos y los jardines que perfumaban el ambiente. Pero, según la opinión del pueblo, todas las esperanzas que abrigaban de tomarla por sus propias fuerzas y valor debían disiparse. ¿Qué podrían hacer frente a esa gran expansión de aguas turbulentas, espumosas y veloces? Las Escrituras asocian constantemente el Jordán con la muerte, no la del cuerpo sino la del bautismo de muerte, que es una pausa de las energías naturales y la entrada por la fe a un nivel más elevado y noble. Pero nunca en toda su historia pronunció el Jordán una sentencia de muerte más efectiva que en ese día, cuando le enseñó al pueblo de Israel que no podrían prevalecer por sus propias fuerzas.

Muchas multitudes habían llegado hasta las orillas de ese río, y habían quedado allí, esperando en sus barrancos, para considerar el significado de aquellas aguas profundas y llevar en sí mismos la sentencia de muerte. He aquí una expresión maravillosa en cuanto a la fe de Abraham: «Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (...) o la esterilidad de la matriz de Sara» (Ro. 4:19).

No hay muchos que pudieran soportar tales consideraciones por mucho tiempo sin perder toda la fe. Hubo, no obstante, un secreto que sostuvo a Josué: él miraba las promesas de Dios. Al pasar de una a otra no vacilaba. Estas son las únicas condiciones por las cuales la visión del río no nos afectará, si tan solo nos volvemos de él a la presencia del Capitán de los ejércitos del Señor y al pacto que está ordenado en todas las cosas y seguro. Entonces seguiremos fuertes en la fe, y completamente seguros de que lo que Dios ha prometido también puede llevarlo a cabo. Durante esos tres días, ocurrieron cosas interesantes y características. Entre otras cosas, dos espías entraron en Jericó.

Jericó bien puede ser la representación del mundo de los hombres sobre los que pende el juicio, pero que sigue su rumbo sin hacer caso. En dos semanas le caería a la ciudad un golpe del cual no se recobraría durante siglos.

La mayoría de sus habitantes estaban bien resueltos a montar una resistencia obstinada o bien enorgullecidos de su río y sus murallas. Su maldad sobreabundaba. Pero había un alma en su medio que podía tener fe, y no la estaba ejercitando. Y Aquel que había alimentado a Rahab en la fe, y la había llevado hasta el punto que había alcanzado, estaba dispuesto a perfeccionar lo que había comenzado, y a conducirla a la completa iluminación existente entonces. Este es siempre el método divino. Dondequiera que haya alguien como Rahab que, en medio del pecado y la ignorancia de su ambiente, viva de acuerdo con su verdad, y quiera más de ella, Dios lo toma de la mano y lo atrae a Sí mismo.

En el Nuevo Testamento hay dos referencias a la fe de Rahab (véase He. 11:31; Stg. 2:25). Fue fe verdadera, aunque ejercitada sólo hacia un fragmento de la verdad. Todo lo que sabía Rahab era que Dios habla librado a su pueblo de la opresión de Faraón, y había prometido darles esa tierra. Ella lo creyó, y se le contó por justicia. Las evidencias de su fe se manifestaron pronto. Se identificó con Israel por el cordón escarlata. Reunió a su familia bajo su techo, quedó encomendada al cuidado de Israel y se convirtió en un eslabón en la genealogía del Hijo del Hombre.

Rahab, la pobre descastada de Jericó que tenía esta extraña fe en Dios, entró con el pueblo de Dios a poseer la tierra que manaba leche y miel. Se convierte entonces en el arquetipo de los pecadores gentiles a los que se les permite participar de las insondables riquezas de Cristo, sentarse con Él en los lugares celestiales y formar parte de la nueva raza que se está congregando alrededor del verdadero Josué, el Señor del Cielo. Así que entonces ya no somos extraños ni advenedizos, sino conciudadanos con los santos, miembros de la familia de Dios. Saquemos, pues, provecho de nuestra herencia.

Durante esta breve pausa Josué también tuvo la oportunidad de determinar el sentir de dos de las tribus (véase Nm. 32: 2, 4, 19, 33). Así, supo que estaban listos a continuar su compromiso con él y a marchar con las otras tribus a la conquista de Canaán. Pero también estaban igualmente decididos a volver a los ricos pastos de Galaad y Basán, que Moisés les dio más allá del Jordán, hacia el oriente. Tenían mucho ganado...

¿No es esto una imagen de los cristianos para quienes la Tierra Prometida está tan abierta como para los demás, y que hacen una incursión dentro de ella sin planes para quedarse? ¿No hay entre nosotros creyentes que han

pasado siete años en la Tierra Prometida, y han tenido sagradas experiencias de bendición, reposo y poder, pero que han sido levantados y arrastrados a su origen por el tumulto y el ruido de la mundanalidad?

El fin de los tales se puede ver claramente en la suerte que tuvieron las tribus orientales. Tenían mucho pasto; pero se fueron apartando de la vida colectiva de Israel. Dieron muy pocos nombres a la lista de santos y héroes blasonados en la historia de Israel. Fueron los primeros en caer en las invasiones asirias y arrastrados a la cautividad de la cual no regresaron nunca.

Por fin, al tercer día, parece que la multitud había llegado más cerca de las riberas del río, y levantaron las tiendas para pernoctar muy cerca de las turbulentas aguas. Fue entonces cuando Josué le dijo al pueblo: «Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros» (Jos. 3:5).

Por esto sabemos que el poder milagroso de Dios depende en mucho de la santificación de su pueblo. Cuando hacemos la antigua pregunta: «¿Por qué eres como un hombre poderoso que no puede salvar?», recibimos la respuesta que nos demuestra que nosotros tenemos la culpa de que Dios no pueda responder: «Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos» (Mt. 13:58).

Si tan sólo nos santificáramos todos, quitando el viejo hombre con sus obras, y vistiéndonos del hombre nuevo, renovado diariamente a la imagen de Cristo, veríamos que las maravillas comienzan y nunca terminan; que el futuro sólo revelará cosas mayores y mejores que nunca antes; que los Jordanes se dividirán, y las murallas de los Jericós caerán. Entonces la Tierra Prometida quedará abierta con su abundancia inconmensurable, su aceite y su vino, su trigo y su miel, sus reservas preciosas y valiosas.

# Capítulo 4

## El paso del Jordán

Había varias razones por las cuales se hacía necesario que Dios expulsara las siete naciones que moraban en Canaán. Pero la principal es la que se sugiere durante la memorable entrevista entre Jehová y Abraham, el antecesor de la raza escogida, cuatro siglos antes: la maldad del amorreo ya había llegado a su colmo (véase Gn. 15:16).

En primer lugar, las naciones de Canaán se habían entregado a la más abominable inmoralidad. La destrucción de la gente por la espada de Israel fue sólo la aceleración de los resultados naturales de sus vergonzosos vicios. Las razones que exigieron el diluvio de agua hacían necesaria ahora esta inundación de sangre. Acaso, siendo el foco de la plaga, Canaán habría infectado al mundo si no hubiera sido pasada por fuego.

En segundo lugar, los cananeos eran versados en espiritismo y mantenían comunicación estrecha con los demonios de la potestad del aire, lo cual siempre les había sido prohibido a los hombres. Cuando el hombre abre un pasaje de comunicación con los espíritus caídos que lo rodean, se expone a la ira más terrible de Dios; y por amor a su pueblo escogido, Dios tenía que impedir y acabar con estas artes de magia negra. Este último concepto añade complicación al conflicto. Al sacar y destruir estas razas desmoralizadas, Dios estaba en realidad haciendo la guerra a los espíritus malignos, quienes desde su posición en el aire gobernaban las tinieblas de esa tierra. Y es que, de hecho, esta no es solamente la historia de la conquista de Canaán, sino también un fragmento de las crónicas celestiales, que presentan un episodio del conflicto eterno entre la luz y las tinieblas, entre el Cielo y el infierno. ¡Qué analogía adicional tan interesante entre el libro de Josué y el de los Efesios!

Dios misericordiosamente concedió una señal de la decisión final de la guerra para que, durante los siete años de batallas que les esperaban, los israelitas pudieran estar tranquilos en cuanto a los resultados: «En esto conoceréis que el Dios viviente está en medio de vosotros, y que Él echará de delante de vosotros al cananeo, al heteo, al heveo, al ferezeo, al gergeseo, al amorreo y al jebuseo. He aquí, el arca del pacto del Señor de toda la Tierra pasará delante de vosotros en medio del Jordán» (Jos. 3: 10 y 11).

El paso de las turbulentas aguas del Jordán sería la señal dada del Cielo.

Al terminar los tres días de preparación, hubo un movimiento del campamento desde Sitim, con sus arboledas de acacias, a un kilómetro aproximadamente del ruido de las hinchadas aguas. Allí pasó Israel la última memorable noche de su peregrinación. Al amanecer, los jefes nuevamente pasaron por entre la multitud y le ordenaron a todos que observaran y siguieran los movimientos del arca. Sólo hubo un corto intervalo antes de que la congregación levantara las estacas y alzara las tiendas, empacara sus pertenencias, y ajustara sus cargas, y estuviera en pie como un gran ejército de dos millones y medio, preparados para avanzar por la senda desconocida. El sol se levantaba detrás de ellos, sus rayos se reflejaban en el Jordán -de un kilómetro y medio de ancho- y hacía resaltar en atrevido relieve las blancas paredes de las casas de Jericó. Mientras, todas las colinas adyacentes de Canaán aparecían veladas con la neblina matutina o vestidas con un hábito exquisito de luz.

Un grupo surgió de entre esa densa multitud. Era el grupo escogido de los sacerdotes, con vestiduras blancas, descalzos, quienes descendieron lentamente a la orilla del río, llevando en sus hombros el arca sagrada, con su tapa de oro y los querubines doblados bajo su cubierta azul. ¡Qué silencio tan terrible! Las miradas fijas seguían los pasos de los sacerdotes. Callados estaban también los comentarios chismosos y las negaciones en voz alta de los días anteriores que afirmaban que el paso del río era imposible, y que sería más sensato esperar a que las aguas bajaran hasta el ancho normal de unos treinta metros cuando la corriente no tenía sino entre uno y dos metros de profundidad y se podría vadear fácilmente.

La pequeña procesión siguió acercándose a las aguas; pero aun cuando estaba a un metro del río, su presencia no produjo ningún cambio. Las aguas no mostraban nada que indicara su disposición de huir ni menguar. Pero cuando los pies de los sacerdotes tocaron las pequeñas olas color de barro, ocurrió un cambio maravilloso. Las aguas comenzaron a dividirse y a encogerse. Y mientras los sacerdotes avanzaban, descendiendo hacia el medio del Jordán, huyeron de delante de ellos como aterrorizadas. Sólo la presencia del Dios de Jacob era la razón de tan grande maravilla, y que el arca del pacto del Señor de toda la Tierra estaba pasando por aquellas profundidades.

Unos cincuenta kilómetros río arriba, en Adam, la ciudad que estaba al lado de Saretán, el flujo del río se había detenido de repente, y las aguas, incapaces de seguir adelante, se amontonaron y posiblemente formaron un gran lago de varios kilómetros de ancho. Desde aquel punto hacia abajo, las aguas comenzaron a menguar por no tener provisión de arriba; se precipitaron al mar Muerto y fueron tragadas por sus profundidades malsanas y oscuras. Las aguas «se acabaron y fueron divididas». Entonces el lecho del río se secó por varios kilómetros; y la gente apresurándose a bajar hacia la orilla pasó al otro lado. Los pies de los sacerdotes permanecieron firmes hasta que cada persona del pueblo redimido hubo pasado el río. Y esta era la señal prometida, pues Aquel que podía hacer huir las aguas también podría poner en fuga a sus enemigos. Una vez hecho todo esto, Él perfeccionaría lo que ya había comenzado.

Sí, el Señor Jesús precedió a su Iglesia. Él pasó primero por la tumba con el poder de la resurrección. «Cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo» (1 Co. 15:23).

En todas las cosas, y por lo tanto también en esta, Él debe tener la preeminencia: «Entre vosotros y ella [el arca] haya distancia» (Jos. 3:4). «Los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de Jehová, estuvieron en seco, firmes (...) hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán» (vs. 17).

Puede ser que las aguas del juicio se estén acumulando para todos los que se apeguen al hombre viejo adánico, pero jamás se soltarán hasta que hayan pasado aun los más lentos de los que deban pasar al reposo bendito. Aunque seas joven, o paralítico, o estés listo a detenerte, o tengas mucho miedo, si tan sólo echas tu suerte con el ejército de los redimidos, el Sacerdote alargará la dispensación y detendrá las aguas mientras pasas.

Ya hemos considerado el efecto que la muerte del Señor Jesús produjo sobre la muerte. Está establecido a los hombres que mueran una vez. Y como hemos muerto en Él, la muerte ha perdido todo el terror que infunde. La oscuridad del valle es sólo la de una sombra. Pero eso no es todo; por virtud de nuestra unión con Él, hemos pasado de muerte a resurrección y nos hemos convertido en «hijos de la resurrección». En este hecho de nuestra historia espiritual basan los apóstoles muchos de sus más poderosos argumentos y recursos:



«Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?» (Ro. 6:2). «Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios» (1 P. 4: 1 y 2).

Con esta verdad podemos contrarrestar las más tentadoras fascinaciones del mundo. Ya hemos salido del mundo con nuestro amado Señor. Hemos llegado a ser ciudadanos de la nueva Jerusalén, y si aún nos movemos en medio de los compromisos del mundo, es como extraños y advenedizos, hombres del otro lado del río que hablamos el idioma y llevamos el vestido de la Canaán celestial. Esto es, el idioma, amor; el vestido, las vestiduras blancas, puras y limpias, lavadas en la sangre del Cordero.

En definitiva, no es posible vencer las dificultades y tentaciones con nuestras propias fuerzas o inteligencia. Hoy nuestro Jordán lo constituyen la oposición de un familiar, el odio de un perseguidor, la fuerza de una pasión, la tiranía de un hábito, la inconveniencia de nuestras circunstancias. La vida sería más fácil si esas dificultades no fueran lo que son... ¡Qué bueno fuera tener un Canaán sin tener que pasar el Jordán! Pero Dios permite los Jordanes para poder educar nuestra fe. No mires las aguas turbulentas que pasan a tu lado; sino al Sacerdote, quien es también el arca del pacto.

Y cuando afrontes una terrible dificultad, no importa cual sea, verás que así como sus pies han entrado en ella, ha menguado su corriente. El rugido se ha acallado, las aguas se han recogido, la violencia ha desaparecido. La puerta de hierro queda abierta. La piedra de la tumba ha sido corrida; el lecho del río está seco, Jericó está al alcance de la mano...

# Capítulo 5

## Las piedras de Gilgal

Al lado occidental del Jordán, al cual había llegado ahora el pueblo de Israel, a ocho kilómetros de la orilla del río, los barrancos aterrazados alcanzan su máxima altura: era Gilgal. Allí se levantó el primer campamento, al borde de un palmar extenso y majestuoso, de unos cinco kilómetros de ancho por 13 de largo, que se extendía hasta Jericó. Por entre los espacios libres, en medio del bosque, se podían ver campos de cultivos, «pues era la estación de la cosecha de cebada»; y por encima de los árboles más altos se vislumbraban en el lado más lejano las altas paredes y torres de la ciudad de Jericó, o «la ciudad de las palmas».

Gilgal fue la base de operaciones en la guerra contra los pueblos de Canaán. Allí se estacionó el campamento con las mujeres y los niños (véase Jos. 9:6; 10:6). Además, junto con Mizpa y Betel, Gilgal era uno de los lugares donde Samuel ejercía su sagrado oficio (véase 1 S. 7:16). Era el lugar de reunión en el cual se congregaba el pueblo en momentos solemnes de crisis nacional (véase 1 S. 11:14). Saúl tenía razón al recordarlo; y allí Agag fue ofrecido en pedazos «delante del Señor». Es probable que hasta el último acontecimiento, y aún después, las doce piedras que habían sido levantadas por Josué como monumento permanente del paso del río fueran todavía visibles.

A saber, por órdenes divinas, doce hombres, uno de cada tribu, bajaron al lecho del río. Del lugar donde los pies de los sacerdotes estaban afirmados en el Jordán, cada hombre tomó una piedra. Esas piedras habrían estado allí durante siglos sin que nadie las moviera; pero ahora, erigidas como una pila a los ojos de todos, serían un monumento del paso del río Jordán, tanto como el canto de Moisés lo fue del paso por el Mar Rojo.

Y se podría, tal vez, fijar aún la colina de la circuncisión donde, al mandato de Dios, habían echado a rodar el reproche de Egipto, y de donde se derivaba el nombre Gilgal, «rodar» (Jos. 5:9).

Sí, Gilgal fue desde el principio un «lugar santo» (véase Jos. 5:15); y al recorrerlo de nuevo con nuestro devoto pensamiento, también nos da temas de profunda y santa meditación...

Es conveniente que los que somos olvidadizos tengamos algo que despierte nuestra memoria; tanto tendemos a pasar desapercibida la Roca que nos engendró y olvidarnos del Dios que nos dio el ser... Por eso, ¡qué haya monumentos conmemorativos como esas piedras, erigidos en nuestros Jordanes, con su inscripción: «Para que recuerdes»!

Considera esas doce piedras del lado más lejano del Jordán, y puedes estar seguro de que como representaron a todo el pueblo y conmemoraron el transporte maravilloso de un lado al otro del Jordán, así también en la Nueva Jerusalén las doce piedras angulares con los nombres de los apóstoles, y las doce puertas inscritas con los nombres de las doce tribus de Israel, son una señal recordatoria permanente de que la Iglesia toda es resucitada.

En efecto, hemos cruzado el río. Nuestra eternidad ha comenzado. En Jesús somos amados y aceptos; somos más que vencedores. Ocupamos una posición tal que, si la mantenemos, es inaccesible para nuestros enemigos. Ellos sólo podrán dominarnos si consiguen que la abandonemos. Todas las cosas son nuestras mientras estemos unidos a nuestro Señor resucitado y reinante.

Sin contentarse con erigir una pila de piedras a la orilla del río, Josué, a órdenes de Dios, colocó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde habían estado firmes los pies de los sacerdotes que llevaban el arca. Y a menudo, al venir a Gilgal, debe de haber ido solo a caminar y meditar junto al río, volviendo sus miradas interiores y exteriores al lugar donde se escondían aquellas piedras bajo el flujo de la corriente. Eran el monumento permanente del milagro que de otro modo se habría borrado de la memoria, o habría parecido increíble. Eran ayudas para la fe. El pueblo había estado allí donde estaban las piedras, y también estuvieron allí, en seco, los pies de los sacerdotes. Y, de seguro, el poder que había controlado el Jordán y había sacado al pueblo de su cauce no faltaría hasta que se realizara todo el propósito de Dios.

Israel no esperaba nada menos que ser guiado desde las orillas del Jordán a la conquista y posesión de la Tierra. Pero, de pronto, descubrieron que este no era precisamente el programa divino para ellos. Se les exigió que se sometieran a un rito doloroso, el sello del pacto hecho originalmente con Abraham y por virtud del cual se había dado la tierra a él y a su descendencia (véase Gn. 17:8-10).

Durante las peregrinaciones por el desierto, por su incredulidad -que prácticamente los desheredó-, se había abandonado este rito, ya que la efectividad del pacto estaba en suspenso temporalmente. Pero ahora que la nueva joven nación estaba aprendiendo a ejercitar la fe, el pacto y su sello estaban otra vez en vigor: «A los hijos de ellos, que él había hecho suceder en su lugar, Josué los circuncidó» (Jos. 5:7).

Incluso los menos inteligentes debieron darse cuenta de que en aquella ocasión había una importancia espiritual profunda en la administración del rito. Repetidas veces habían escuchado a Moisés referirse a la circuncisión del corazón, amonestándoles sobre la vanidad de confiar en su gran número, valor o disposición marcial. Y es que no iban a ganar la tierra por su poder, sino que la recibirían de la mano de Dios como un regalo. Así, debían echar a un lado el egoísmo y la energía de la carne para que la gloria de las victorias futuras fuera de Dios y no de los hombres.

También nosotros debemos tener nuestro Gilgal. No es suficiente reconocer como principio general que estamos muertos y resucitados con Cristo; debemos aplicarlo a nuestra vida interior y exterior. Si morimos con Cristo, tenemos que mortificar nuestros miembros terrenales. El primer efecto de nuestra apreciación del significado de la muerte de Cristo será nuestra aplicación de esa muerte a nuestros miembros que están en la Tierra. No tenemos garantía para decir que el pecado está muerto, ni que el principio del pecado haya sido erradicado; pero podemos decir que estamos muertos a él en nuestra posición, y también por la fe.

En cierto sentido, todos los creyentes hemos sido circuncidados en Cristo, pero también debemos pasar uno tras otro por la circuncisión de Cristo no hecha a mano, la que consiste en desprendernos del cuerpo carnal. A esto deben someterse todos los que quieran vivir en victoria y heredar la Tierra Prometida. El procedimiento puede ser agudo, pues el cuchillo no escatima dolores; pero está en las manos de Jesús, el amador de las almas. No nos abstengamos, pues, de hacerlo. Dejemos que Él haga todo lo que le parezca necesario, aunque la herida se tarde mucho en sanar. Aunque parezca que la vida circuncidada será siempre una vida mutilada, no es así en realidad; el testimonio universal de este libro dice lo contrario. Cuando se corta la mano, entramos mancos a la vida. Cuando mortificamos las obras de la carne, comenzamos a vivir. Cuando el Señor nuestro Dios haya circuncidado nuestros corazones, entonces lo amaremos con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, y viviremos.

Acaso, nunca podremos tomar Jericó hasta que hayamos sido circuncidados, hasta que Dios nos haya quitado la confianza propia y nos haya abatido hasta el polvo de la muerte. Entonces, cuando la sentencia de muerte caiga sobre nosotros, comenzaremos a experimentar la energía de la vida divina, la gloria de la victoria divina.

## Capítulo 6

### Tres días consecutivos

En uno de sus sonetos, Mateo Arnold nos relata una conversación que tuvo un soleado día de agosto, en Spitalfields, con un predicador que él conocía y que parecía enfermo y fatigado. Como respuesta a la pregunta de cómo le iba, Arnold dijo: «De lo mejor, pues últimamente me ha dado mucho ánimo el meditar en Cristo como el Pan de Vida».

En el capítulo 5 de Josué podemos descubrir sin mucho esfuerzo el Pan Vivo bajo tres aspectos: la Pascua, los cereales de la tierra y el maná. De hecho, cada uno de estos estuvo asociado con uno de los tres días sucesivos...

En primer lugar, la Pascua misma no se podía repetir; pero la Fiesta de la Pascua, celebrada en conmemoración de ese acontecimiento, estaba destinada a una repetición perpetua hasta que cediera su lugar a un símbolo todavía más importante, el cual, a su vez, debe convertirse en la cena de bodas mientras el amor del noviazgo se convierte en amor conyugal.

La Fiesta de la Pascua se conmemoró en el Sinaí, pero no se volvió a celebrar hasta que hubieron pasado cuarenta años. En efecto, no se podía celebrar mientras la nación, por la incredulidad y desobediencia, fuera infiel al pacto. ¿No se había afirmado claramente, entre otras provisiones, que ningún incircunciso debía comerla? Pero tan pronto como se completó la circuncisión del pueblo, desaparecieron las barreras; y se celebró la Pascua entre las dos tardes, en tanto que el sol del día catorce del mes extendía hacia ellos largas sombras de las palmeras y murallas de Jericó.

La Pascua tenía dos partes importantes: la aspersion de la sangre sobre las puertas exteriores y la reunión de la familia alrededor del cordero asado, que debía ser comido deprisa. Con el correr de los años y el cambio de las condiciones, ya no se rociaba la sangre en el dintel y los postes de las puertas, pero el antiguo e importante acto se sustituyó con la bebida del vino. Y la familia se reunía alrededor de la mesa para la fiesta sagrada, ya no solamente con los lomos ceñidos y el cayado en la mano como conviene a los peregrinos, sino también en el reposo sosegado del hogar. Era una comida familiar en la cual el pueblo repasaba su historia con agradecimiento, y hablaban juntos de la misericordia que de modo tan

extraordinario se había desplegado en su nación. Al llegar a la tierra de la promesa, los pensamientos de la gente se remontaban al gran hecho de redención por medio de la sangre que era la base de su existencia.

Esta celebración tiene un equivalente en nuestra experiencia. Los israelitas festejaban, tomaban el suave vino oriental, y años más tarde cantaban el Hallel y comían la carne del cordero. El pan era ázimo (sin levadura) y las hierbas eran amargas, pero el gozo sobrepasaba la tristeza, y este es un tipo de la vida cristiana.

En otras palabras, la Cena del Señor no es simplemente una conmemoración de lo que Cristo hizo en el Calvario, o está haciendo en el trono; es un recordatorio perpetuo al corazón creyente de su privilegio y deber de comer la carne y beber la sangre del Hijo del Hombre de un modo espiritual. Si no comemos su carne, no tendremos vida en nosotros. Si no bebemos su sangre, no moraremos en Él, ni Él en nosotros.

Además, recordemos siempre que así como no se permitía a ningún incircunciso tomar parte de la Pascua, tampoco ninguno que esté viviendo en pecado voluntariamente se puede alimentar de la carne y la sangre que fueron dadas por la vida del mundo: debe haber un Gilgal antes que pueda haber una Pascua en su significado más pleno y profundo.

En segundo lugar, encontramos el simbolismo de los cereales de la tierra: «Al otro día de la Pascua comieron del fruto de la tierra». Parece que comieron el trigo de la cosecha anterior y no el que apenas estaba madurando por toda la tierra de Canaán y que estaba listo para la siega. Lo importante es que, con gran agradecimiento, los israelitas, cuya mayoría nunca había comido otra cosa que maná, comieron del producto de la tierra prometida.

¿Y no es significativo que en el día de la resurrección del Señor resucitaran de entre los muertos «primicias de los que durmieron»? Entonces, el fruto de la tierra de la promesa es un tipo de Cristo en su gloria resucitado. Acaso Cristo cayó como una semilla de trigo en la tierra para morir, pero a través de la muerte consiguió el poder de impartirse a Sí mismo a todos los que creen en Él. El Señor fue triturado, como pasa con todo el trigo que se usa para hacer pan, la rueda de piedra del molino de la justicia divina lo molió bajo su peso, y por eso Él ha llegado a ser la harina de trigo más fina para alimentar a un mundo necesitado. Debemos alimentarnos del Cordero

Pascual y aprender todo el significado de su cruz, su pasión, su muerte preciosa y su sepultura; pero también debemos alimentarnos del trigo de la ciudad celestial, y sacar vida y bendiciones de su gloriosa resurrección y ascensión.

La Iglesia ha aprendido hasta cierto punto a apreciar la importancia de la encarnación y la crucifixión. Pero rara vez oímos de un tratado o un sermón adecuados acerca de la Ascensión de Jesús de las partes más bajas de la tierra hasta el cenit de su gloria desde donde llena todas las cosas. ¡Ojalá que supiéramos lo que Pablo quiso decir al recalcar: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos», y entendiéramos sus pensamientos cuando dijo que aunque había conocido a Cristo en la carne, ya no quería conocerlo así, porque anhelaba entender el poder de su resurrección!

En definitiva, el Cordero Pascual es bueno; pero el fruto de la tierra incluye las frutas, la miel y los cereales que crecen en el suelo de la vida resucitada. La Ascensión de Cristo se puede considerar en muchos aspectos. La majestad y el triunfo del Dios Hombre elevado por encima de todo principado y poder, ya sea de ángeles como de demonios, y por encima de todo nombre, en este mundo y en el venidero; la certeza de que el mismo poder que lo levantó de la tumba y lo puso a la diestra de Dios Padre, espera hacer otro tanto por cada uno de nosotros; la creencia de que en su Ascensión, Él ha recibido dones para todos nosotros, y el mayor de todos, la plenitud del Espíritu Santo, podemos reclamarlo y recibirlo. Estos temas estremecen nuestros acobardados corazones y los hacen saltar de alegría, lo que ningún aumento de trigo ni de vino puede hacer por los hombres mundanos. ¡Felices aquellos que de mente y corazón ascienden y moran continuamente con Cristo! Hacer esto es verdaderamente «comer del trigo y el fruto de la tierra».

Finalmente, leemos: «Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron a comer del fruto de la tierra» (Jos. 5:12).

No hubo intervalo entre los dos. El fruto comenzó antes que el maná cesara. El uno vino sobrepuesto al otro, como la paja del heno o las plumas del ave. Y es que Dios no quiere que haya intervalos de aparente deserción y falta de provisiones de lo que tanto se quejaban algunos... Él esperará hasta que nos acostumbremos a las provisiones regulares y comunes de su gracia, representadas por el fruto de la tierra.



Constantemente se nos pasa del maná familiar que vino sin esfuerzo ni ansiedad por nuestra parte, al fruto de la tierra que requiere visión y preparación cuidadosa. Esto es necesario porque así aprendemos valiosas lecciones de paciencia, abnegación y cooperación con Dios. Pero nos asusta el cambio. ¡Cuán misericordiosa es entonces, la bondad de Dios, dulce y profunda, que nos deja ver lo nuevo antes de quitar lo viejo! Nos deja que nos acostumbremos a caminar antes de quitar la silla en la cual nos apoyamos...

Esta es nuestra lección principal: debemos aprender a vivir de tal modo que seamos alimentados con la vida del Hijo de Dios. Cuando comemos de Cristo, vivimos por Él, como Él vivió por el Padre; y como el Padre, morando en Él, obró por su vida e hizo sus maravillas, así Cristo, al entrar en nosotros, hará por nosotros lo imposible.

¿Anhelamos más fortaleza para obrar o sufrir, para testificar, o para alejar al enemigo de la puerta? ¡Alimentémonos de Cristo, meditando en su Palabra, manteniendo comunión con Él, llenos del Espíritu Santo, que toma de las cosas que son de Cristo y nos las revela! Palabras de vida tenemos en su lectura: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt. 5:6).

## Capítulo 7

# El guerrero de Dios

El tiempo y el lugar exactos de este pasaje no son definidos, pero no son tan importantes frente a la presencia de ese episodio maravilloso que ocurre antes de la conquista de Canaán (véase Jos. 5:13-15). En cuanto al tiempo, fue posiblemente el día que cesó el maná, y José debió darse cuenta de que la tierra debía suplir ahora lo que fuera necesario para la alimentación. En cuanto al lugar, basta con saber que estaba junto a Jericó.

Detrás se hallaba el Jordán; la senda hecha por el paso de la multitud ya no se discernía, aunque el montón fresco de piedras conmemorativas proclamaba el milagro del lecho seco del río. Más abajo, bajo la sombra de la colina, yacía el campamento, donde la gente descansaba de sus fatigas al darse cuenta felizmente y por primera vez de que ya habían terminado sus largas jornadas. Al tiempo que a unos ocho kilómetros de allí, por el sendero que conduce a Canaán, elevándose por encima de los palmares, se erguían las murallas fortificadas de Jericó.

Para Josué, aquella fue una hora de ansioso suspenso. Había sido relativamente fácil enfrentarse a Amalec, Og y Sehón, pues se habían encontrado con Israel en guerra abierta sobre el campo de batalla; pero era diferente atacar una ciudad que podía resistir un largo asedio. Era imposible dejarla atrás sin someterla, pero también era un acto suicida sentarse delante de ella para hacerla rendir por hambre. Al pasar los meses de espera, se esfumaría la energía de la gente y se reunirían los ejércitos de los enemigos. Este general solitario deseó intensamente poder pasar siquiera un momento con Moisés o, quizás mejor, con el Ángel de la presencia de Dios, que había sido prometido cuando el campamento estaba aún instalado bajo los precipicios del Sinaí.

Meditando mucho y profundamente, Josué prosiguió solo, y de repente, «alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano».

Pero, ¿quién era este varón? Josué no sabía; pero su corazón era puro y claro, y por eso no dudó en acercársele y desafiarlo con la pregunta: «¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos?».

Entonces oyó la respuesta majestuosa: «No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora» (vs. 14).

No cabe duda de quién era: «¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria» (Sal. 24:10).

Aunque en semejanza de hombre, seguramente no era ni hombre ni ángel. Tenemos que creer que Aquel que habló con Josué en la entrada a Canaán no era otro que Jehová, el Dios de Israel, cuyo agrado, mucho antes de la Encarnación, era con los hijos de los hombres, y que se anticipaba a su venida en la carne mediante visitas preliminares en forma corpórea a nuestra Tierra.

Muchos han supuesto que este Príncipe divino apareció para tomar el lugar de Josué en el mando y para asumir la dirección suprema de las huestes de Israel; pero ese no es el significado más profundo aquí. «El ejército de Jehová» no alude principalmente a las huestes israelitas acampadas junto a las aguas caudalosas del Jordán, sino a otras huestes invisibles. Las tropas de ángeles acorazados eran el ejército del que era Príncipe este maravilloso guerrero.

En las Escrituras hay varias referencias a la presencia cercana de multitudes de ángeles. No es, pues, un error imaginar esas filas de guerreros esperando entre las cortinas de lo invisible para ser dirigidas contra los enemigos de Dios y de Israel.

¿Hemos de maravillarnos entonces de que las murallas de Jericó se derrumbaran, o de que grandes ejércitos fueran esparcidos, sin darse ni un solo golpe, o de que la tierra fuera sometida en una campaña de siete años? Estas conquistas fueron los resultados visibles y terrenales de victorias ganadas en las esferas espirituales y celestiales por ejércitos que seguían al Verbo de Dios en caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y puro. Aquellas murallas cayeron porque fueron derribadas por el impacto de los ejércitos celestiales. De este modo, los poderes de las tinieblas con las cuales estaban aliados los pueblos paganos fueron derrotados delante del Señor Jehová Sabaoth...

«Su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis» (Nm. 14:9).

Hoy también, en toda la naturaleza, hay señales de conflicto y lucha. Por todas partes hay ejércitos en combate, y se separan para reparar sus pérdidas o contar sus ganancias. Las invisibles moléculas del aire más calmado están en rápido movimiento a nuestro alrededor chocando unas contra otras, y luchando muy duro para mantenerse en su curso, pero las estorban los millares de moléculas similares que también luchan, de modo que nos movemos y trabajamos dentro de un ciclón de átomos agitados. La piscina más tranquila, el soto del bosque más pacífico, la isla bañada por los mares del sur y puesta como una gema sobre el pecho del océano, no importa cuán encantadora sea, y la escena más fascinante, todas son escenarios de escuadrones antagónicos que contienden por la victoria. El veloz persigue a su presa; el fuerte devora al débil; sólo el más fuerte sobrevive a esta lucha magnífica.

Todo esto lleva a un conflicto más tremendo, entre las tinieblas y la luz, el mal y el bien, Satanás y nuestro Rey. A través de todo su ministerio terrenal, nuestro Señor se enfrentó a los poderes de las tinieblas. Pero la vida y la muerte del hombre Jesucristo cambió el rumbo de los acontecimientos. Y cuando Él resucitó y ascendió, quedó establecido sin lugar a duda que, aunque el hombre no podía en sí mismo vencer el infierno, sin embargo el hombre en Cristo, unido al Hijo de Dios, era más que vencedor; podía hacer todas las cosas por medio de Aquel que lo fortalece, y está destinado a vencer.

¡Qué triste que se haya apreciado tan poco esta admirable verdad! La Iglesia de Cristo con demasiada frecuencia ha considerado que contiene en sí misma todos los recursos necesarios para obtener la victoria sobre el mal del mundo; pero a la hora de la verdad, o se ha quedado paralizada o estupefacta ante los Jericós de pecado que se han levantado para obstaculizar su camino. Las ciudades amuralladas del licor y la lujuria, de la autocomplacencia o la apatía, no han querido abrir sus puertas a su desafío, y se han burlado con risotadas de sus ejércitos. Entonces, la Iglesia, lejos de suplicar a Dios, ha apelado al César, a recursos, alianzas y métodos humanos. Todo ha sido en vano, pues a pesar de todos los esfuerzos, los muros no han caído, ni sus enemigos la han dejado en paz...

Los santos de Dios tienen que arrepentirse de sus pecados y fracasos por no reclamar su victoria en Cristo. Deben darse cuenta de que el Príncipe de los ejércitos celestiales ya ha dirigido sus escuadrones contra los enemigos de la

Iglesia, que también lo son de Él. Y deben apartarse de todo lo que pueda poner en peligro o debilitar la alianza con el Señor.

A veces nos sentimos solos y desanimados. Aquellos con quienes estamos acostumbrados a cooperar descansan tranquilamente en sus camas. Parece que nadie puede penetrar en nuestras ansiedades y nuestros planes. Nuestros Jericós (obstáculos) son muy grandes: la parroquia descuidada, la iglesia vacía, la congregación endurecida, la familia impía... ¿Cómo podremos jamás capturar estos problemas y llevárselos al Señor como castillos desmantelados para que Él los ocupe?

Pero en nuestras horas de desengaño, cuando en vano hemos hecho nuestros mayores esfuerzos y hemos caído -como las aves marinas que chocan contra los faros y caen al pie de la torre con las alas rotas-, conviene seguir adelante solos, confesando nuestra incapacidad y esperando la visión, pues entonces es muy posible ver al Príncipe de los ejércitos de Jehová. Él tomará nuestra causa. Él dirigirá sus tropas y ganará la victoria del día; Él derribará los muros de Jericó. Tal vez se emplee nuestra cooperación, pero sólo para marchar alrededor de los muros, con el traje de la pureza sacerdotal, y para tocar las trompetas de cuernos de carnero.

Sí, debemos ser santos si hemos de colaborar con Él. Debemos poner a un lado el hombre viejo, con sus afectos y lujurias, limpiarnos de toda impureza de la carne y del espíritu, arrojar afuera las obras de las tinieblas y vestirnos con el traje ceremonial de la luz, que es Cristo.

Finalmente, no olvidemos que la batalla no es para el fuerte, ni la carrera para el veloz, sino para aquellos que viven vidas separadas del mundo y dedicadas a Dios. Las vasijas aptas para el uso del Maestro son las puras. La limpieza, y no la inteligencia, es la condición principal del servicio eficaz. Acaso no hay división entre la santidad de Dios y nosotros, nada que nos aisle ni desconecte la corriente de la potencia divina...

## Capítulo 8

### Las murallas de Jericó

Jericó estaba sumida en la desolación. No envió a sus guerreros ni lanzó ningún ataque nocturno repentino contra el ejército que acampaba a lo largo de las orillas del Jordán, con sus tiendas levantadas alrededor del pabellón central, o sea, el tabernáculo de Dios. Era como si un hechizo misterioso hubiera caído sobre su rey y su pueblo, desconcertándolos e impulsándolos a ponerse a la defensiva y a esperar el desarrollo de los acontecimientos: «Desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel» (Jos. 5:1).

Israel, al contrario, estaba probablemente impaciente, ansioso de ser llevado a la batalla. Los guerreros, confiados en sus fuerzas, estaban deseosos de medirse con los habitantes de la tierra y borrar con sangre el recuerdo de la derrota de sus padres en Horma. Conscientes de que el paso del Jordán se debía a la presencia de los sacerdotes, puede ser que tuvieran un deseo secreto en sus corazones de demostrar que había llegado la hora de que los sacerdotes se hicieran a un lado, mientras ellos probaban su valor y ganaban la tierra por su capacidad.

Les faltaba aprender que la tierra era un regalo que se debía recibir por fe, no por esfuerzo. Lo único que Dios les exigía era obedecer, esperar y confiar, mientras el Príncipe divino comandaba sus ejércitos celestiales en el asalto y ganaba la victoria: «Mas Jehová dijo a Josué: Mira, Yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra. Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, yendo alrededor de la ciudad una vez» (Jos. 6: 2 y 3).

Ciertamente fue el espectáculo más extraño jamás presenciado por una guarnición asediada. Los asediadores no hicieron un asalto, ni levantaron trincheras ni pusieron escaleras contra los muros. Ni podían conceder la oportunidad de parlamento para discutir condiciones de capitulación. Parecía sobreentendido para todos que la guerra sería al degüello; sin cuartel ni misericordia. Sin demora, las tropas de Israel comenzaron a dar vuelta alrededor de la ciudad.

Acababa de amanecer. El sol surgía no muy lejos en el horizonte oriental. Entonces, del campamento de Israel comenzó a desenvolverse una larga procesión. Primero los guerreros, marchando bajo sus pendones tribales; luego, siete sacerdotes, vestidos de blanco, tocando las siete bocinas de cuernos de carnero; después, el arca de Dios, oculta con sus mantos de las miradas de los israelitas y cananeos; y por último la tribu de Dan cerrando la retaguardia.

Hacia la ciudad marchó esta procesión, guardando absoluto silencio, con la excepción de que los sacerdotes avanzaban continuamente y tocaban las bocinas. No se oía ningún otro sonido: ni desafíos, ni retos, ni gritos de dominio. Toda la multitud se movió silenciosa alrededor de la ciudad como una serpiente, y al completar el circuito, para sorpresa de los cananeos, que probablemente esperaban un ataque de inmediato, regresó callada al campamento de dónde había surgido hacía una o dos horas. Y el resto del día pasó sin ningún otro incidente extraordinario...

«De esta manera hicieron durante seis días».

En el séptimo día, se repitió la vuelta a los muros siete veces. Y al terminar la séptima, la voz de Josué estremeció el sosegado aire vespertino con la orden: «Gritad, porque Jehová os ha entregado la ciudad». Entonces los sacerdotes hicieron sonar las trompetas como una explosión; el pueblo gritó con tanta intensidad que el eco reverberó por todas las colinas de los alrededores, y quizás fue contestado por las voces más débiles de las mujeres y los niños del campamento; y los muros de Jericó cayeron a tierra, de modo que el pueblo de Israel pudo entrar a la ciudad y tomarla.

En varias direcciones podemos encontrar aplicaciones de este incidente extraordinario. En otras palabras, si Egipto representa nuestros conflictos con el mundo, y Amalec nuestra lucha con la carne, las siete naciones de Canaán son un símbolo de las batallas que tenemos que librar contra los principados y potestades de espíritus malos que se oponen a nuestra entrada a los lugares celestiales y ensombrecen nuestro conocimiento práctico de lo que Cristo ha hecho por nosotros. Atrincherados detrás de las rampas de alguna fortaleza de dificultad o mal hábito, nos desafían y amenazan con menguar o impedir nuestro progreso en la vida divina. ¿Quién hay entre nosotros, o que lea estas líneas, que no haya sabido de algo -un placer en el que nos deleitamos, una amistad, un enredo pernicioso- que se levante como una barrera infranqueable hacia el gozo de esas benditas posibilidades de la

experiencia cristiana, que son nuestras en Cristo, pero que por esa razón parecen fuera de nuestro alcance? Eso es un Jericó espiritual.

Para los tales hay consuelo en las palabras dichas por el gran capitán a Josué, que estaba descalzo y parado en lugar santo: «Mira, Yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus varones de guerra».

Con todo, la primera condición para obtenerla es que no se oiga nuestra voz: esperar en silencio. Este es un mandamiento muy duro. Ninguna palabra debe salir de nuestra boca; debemos presentar nuestras quejas a Dios solamente. Todo esto es extraño a nuestros hábitos y gustos, pero es lógico a ojos divinos: sólo el corazón silencioso puede reflejar el Cielo abovedado del cuidado de Dios. Esto es, solamente cuando nos hemos calmado como criaturas satisfechas podemos llegar a la posición en que Dios puede interponer su ayuda para nosotros. Dice Dios: «Callad y sabed que Yo soy Dios».

Y bien puede callar y esperar esa alma que sabe que el Señor de los ejércitos está junto a ella y que el Dios de Jacob es su refugio; se apresura a revelar su secreta agonía a ese Amigo. En ese hogar se anida como al abrigo de un gran peñasco, protegida de las tormentas del mundo.

En segundo lugar, hay que obedecer. En la vida de gracia sucede como en esta historia, debe haber cooperación entre Dios y el hombre. Las murallas de Jericó cayeron solamente por la manifestación del poder divino, pero los hijos de Israel tuvieron que dar vueltas alrededor de ellas. Sólo Dios puede dar la forma que le plazca a la semilla de cereal, pero el hombre debe arar, sembrar, recoger, ventear y moler. Sólo Dios puede quitar las dificultades que se atraviesan en el camino de una vida plenamente bendita y consagrada, pero hay mandatos y deberes que debemos cumplir.

¿Cuáles son? En algunos casos estamos reteniendo la obediencia que debíamos dar de una vez. Hay cosas que deberíamos hacer pero que no estamos haciendo. Y también existe el peligro de hacer más de lo que debemos; tratando de escalar muros que se nos dice que rodeemos; gritando antes de que se dé la voz de mando; rodeando la ciudad con más frecuencia de lo prescrito por la orden divina.



Lo que se nos revele como la clara voluntad de Dios, para hacer o dejar de hacer algo, debe producir nuestra respuesta inmediata, dejándole el resto a Dios.

Y, por supuesto, es imprescindible la fe. A saber, se trata de quitar la mirada de los preparativos, y aun de los actos ordenados por Dios, y ponerla en Dios mismo; y al hacerlo, nuestras dificultades desaparecerán: la piedra será quitada de la entrada del sepulcro; la puerta de hierro se abrirá sola; los muros fortificados caerán.

Creemos que el Señor está obrando por nosotros, y todos los que nos conocen tendrán que confesar que el Señor ha hecho grandes cosas por nosotros. Él nos ha entregado Jericó. Nuestro corazón debe confiar en esa promesa. Aunque los muros estén todavía en pie, es como si no lo estuvieran; y dejando las ruinas detrás nuestro, podemos pasar adelante a poseer la tierra.

El apóstol Pablo nos habla de fortalezas que hay que derribar y de cosas elevadas que se exaltaron contra el conocimiento de Dios. También afirma que no luchó contra tales cosas según la carne, y que las armas de su combate no fueron carnales, sino poderosas delante del Señor para derribar fortalezas y para traer todo pensamiento orgulloso y altivo en cautividad a la obediencia de Cristo.

Es muy necesario que todos los obreros cristianos meditemos en estas preciosas palabras. El peligro de nuestros tiempos es la tendencia a apartarnos de la sencillez de la Iglesia primitiva, que entró en combate con las poderosas supersticiones y los pecados flagrantes de su época, solamente con las armas simbólicas que aparecen en este antiguo incidente: las vestiduras blancas de la pureza sacerdotal, la exaltación de la propiciación de Cristo, el toque de los cuernos de carnero, el Evangelio proclamado no con cadencia de plata sino con efecto rudo y estremecedor, como llamada a la rendición.

¡Con qué desmayo y dolor, los confesores y mártires, los profetas y apóstoles del cristianismo primitivo contemplarían los métodos que usamos para asaltar las formas monstruosas de los vicios que confrontamos hoy en día! Cuando tenemos que enfrentarnos con estas cosas, tendemos a guerrear con el mundo con armas prestadas de su propio arsenal y a adoptar métodos que son más carnales que espirituales. Es un gran error. Nuestra única

esperanza radica en nuestros actos estrictamente espirituales. Si podemos vencer los espíritus de las tinieblas que instigan y resisten, veremos al sistema que ellos sostienen desmoronarse como un castillo de naipes ante el viento.

Seamos puros y santos, dedicando tiempo a la meditación en la presencia del Capitán; exaltemos el sacrificio y la obra de Jesús; hagamos sonar la trompeta del Evangelio como llamada y alarma para la rendición; pasemos mucho tiempo en oración silenciosa delante de Dios; abriguemos un espíritu de unidad y amor, como las tribus de Israel olvidaron sus diferencias y emprendieron una expedición común contra sus enemigos. Y, por encima de todo, creamos en la presencia y la cooperación de Dios, y veremos repetido el antiguo milagro y las paredes de Jericó derribadas.

Esta captura de Jericó bien puede ser una parábola de cosas que todavía están por suceder. Tal vez esta narración de la toma de Canaán es una anticipación en miniatura de lo que pasará en un futuro cercano. Dios le ha dado los reinos de este mundo a su Hijo; pero ellos tendrán que ser circuncidados por las huestes sacramentales de su elegido hasta que Él haya suprimido todo gobierno, autoridad y poder.

# Capítulo 9

## Captura y derrota

La conquista de Canaán se demoró siete años, y durante todo ese tiempo Israel sólo perdió una batalla. En realidad, los treinta y seis hombres muertos en su huida delante de los hombres de Hai parece que fueron la única pérdida que tuvieron sus ejércitos. La historia de esta derrota se cuenta con muchos detalles porque comprende lecciones muy importantes para Israel, y de incalculable valor para nosotros.

La experiencia de la derrota es demasiado común para la mayoría de los cristianos. Sin embargo, no se postran sobre el rostro delante de Dios, deseosos de descubrir la causa de su fracaso, para tratarlo y pasar de la escena de la derrota a un éxito más amplio y permanente. Si investigáramos cuidadosamente las causas de nuestras derrotas, estas ocuparían el segundo lugar después de las victorias en la producción de benditos resultados en la formación de nuestros caracteres y vidas.

Hubo tres causas de esta derrota en Hai...

Así, en primer lugar, tuvieron demasiada confianza porque Hai era pequeña. Jericó había quedado convertida en un montón de cenizas humeantes. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos: todos habían sido destruidos a filo de espada.

Sin temer un ataque por la retaguardia, Josué se dispuso a marchar hacia el interior del país, y como ruta para su ejército escogió una quebrada o depresión montañosa que se dirigía un poco hacia el norte. A unos trece kilómetros de su comienzo en el valle del Jordán esta quebrada se cruzaba con otra, y cerca de allí estaba la aldea de Hai con una población de doce mil habitantes. Su proporción de hombres de guerra se calcula en unos dos mil, pero eran fuertes y tenían el control del paso montañoso, de modo que Josué no tuvo otra alternativa que impartir a Hai la misma terrible suerte que aquella con la cual había visitado Jericó.

Humanamente hablando, había mucha verdad en el informe de los espías enviados a reconocer el valle. El lugar era mucho más pequeño que Jericó, y aparentemente requería mucho menos gasto de tiempo y esfuerzos para su captura. Jericó pudo haber necesitado todo el ejército; pero para Hai seguramente se necesitaban unos tres mil hombres: «No fatigues a todo el pueblo yendo allí, porque son pocos» (Jos. 7:3).

Esta recomendación se basó en la suposición de que Jericó había sido vencida por el ataque del ejército de Israel; cuando en realidad fue muy poco lo que ellos hicieron. Habían caminado alrededor de ella y gritado: eso fue todo. Había sido tomada por su gran Capitán y Guía y entregada en sus manos por Él. Hablar como lo estaban haciendo era olvidar la verdad de los hechos, y argumentar en cuanto a la victoria se debía a ciertas cualidades inherentes en ellos mismos; con la inferencia de que si habían conquistado Jericó también conquistarían Hai.

No hay ninguna otra experiencia en la vida cristiana tan llena de peligros como la hora en que estamos atolondrados por una victoria reciente. Confiados de nuestro gran triunfo en Jericó, nos burlamos de un obstáculo tan pequeño como Hai. Seguramente argumentamos que si hemos vencido una, también venceremos otra. Y es así como con mucha frecuencia ocurre que un gran éxito en público viene seguido de una derrota en privado. Nunca necesitamos tanto la observancia del mandamiento «velad y orad» como cuando el enemigo está huyendo delante de nosotros.

No hay nada pequeño en la vida cristiana, nada tan pequeño que lo podamos combatir con nuestra propia fuerza. Las victorias que hemos ganado en compañía de Dios no nos han impartido poder permanente; somos tan débiles como siempre; y tan pronto como entremos en combate con el menor de nuestros enemigos, separados de Dios, seremos inevitablemente derribados en el encuentro. Sólo la fe, la vigilia y la comunión con Dios, que sirvieron antes a Jericó, podrán servir como llave para Hai.

Una prevaricación rompió el eslabón de comunión entre ellos y los ejércitos que servían bajo el Guerrero celestial que se le había aparecido a Josué. No cabe la menor duda de que si Josué se hubiera mantenido en permanente comunión con Dios, el Espíritu Santo le habría indicado la presencia del mal en su pueblo, y entonces Acán y su pecado hubieran sido descubiertos y juzgados antes de la marcha hacia Hai.

Y es que Dios es el único que puede ver la pequeña desgarradura en la ropa, la rozadura en la fruta, la úlcera en la carne, que amenaza con quitarle la vitalidad. Tal vez no nos demos cuenta de estos cambios, pero Él sabe que llevan a la derrota sin remedio. Ni tampoco se tarda en advertirnos. Pero, ¿de que le vale hablar a oídos sordos o a aquellos que confían en su propia sabiduría o se enorgullecen de victorias que fueron concedidas por Él?

Cuando los hijos de Dios, como Josué, desoyen las voces de alerta que se hacen cada vez más débiles al ser pasadas por alto, Dios se ve obligado a dejarlos seguir su curso hasta que algún desastre terrible los derriba y los deja rostro en tierra. ¡Ah, si Josué se hubiera postrado en medio de los gritos de victoria de Jericó, no hubiera tenido necesidad de postrarse en medio de los clamores de una multitud aterrorizada!

Antes de hacer un nuevo avance, aunque el punto de ataque sea sólo un Hai, es nuestro deber, como la mejor regla de conducta, volver a Gilgal. Debemos encerrarnos en conversación espiritual con nuestro poderoso Confederado, pidiéndole que nos revele cualquier maldad que Él pueda ver en nosotros, y juntando las tribus de nuestro corazón ante su escrutinio, para que el Acán que se esconda allí pueda ser sacado a la luz antes, y no después, de la batalla.

¡Qué descuidados somos de las claras prohibiciones de Dios! Nada se podía haber promulgado con más claridad que la orden de no tocar los despojos de Jericó. La ciudad y su contenido estaba destinada a la destrucción completa; sólo un número específico de artículos se preservarían para el uso del tabernáculo. Pero para Acán la voluntad de Dios fue supeditada por la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida. De ahí que la fuerte oleada de la pasión arrastrara la barrera levantada por la palabra divina: «Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema (...) Por esto (...) no podrán hacer frente a sus enemigos (...) ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros» (vs. 11 y 12).

En un principio, Josué se sintió inclinado a echarle la culpa del fracaso a Dios. Pero, la culpa no era de Dios sino de ellos solos. También nosotros, en ocasiones, cuando nos dolemos de algún fracaso, causado por el poder dominante o la estrategia inteligente del enemigo, nos sentimos inclinados a acusar a Dios. Nuestro Padre nos pasa por el Jordán para darnos mayores experiencias, para abrir delante de nosotros posibilidades más vastas, para

darnos mejores oportunidades de adquirir sus insondables riquezas. No hay tarea que no tenga suficiente gracia.

No tenemos que sufrir derrotas en la Tierra Prometida. No hay razón para el fracaso en la vida cristiana; siempre, y en todo lugar, se espera que seamos más que vencedores. No le echemos, pues, la culpa de nuestro fracaso a Dios; busquémosla dentro de nosotros mismos...

Otra lección que extraemos de la derrota de Hai es que nadie está completamente solo; es decir, no podemos pecar sin afectar insensiblemente la condición espiritual de todos los demás hombres. Sólo un israelita había prevaricado y, sin embargo, se dice: «Los hijos de Israel cometieron una prevaricación en cuanto al anatema».

Si Israel hubiera comprendido cuánto dependía del todo de la obediencia de cada uno, todos hubieran vigilado a sus hermanos, como cada uno a sí mismo, no por el bienestar de los otros solamente, sino por el propio. Del mismo modo, si los miembros de las comunidades cristianas entendieran la vasta influencia para bien o para mal que depende de la elección, la decisión, o la acción de cualquiera, habría una obediencia más inteligente y plena a las admoniciones reiteradas del Nuevo Testamento, para que el fuerte sobrelleve las debilidades de los débiles y para que todos miren no solamente por lo propio sino también por lo de los demás.

# Capítulo 10

## El valle de Acor

¿Fue una tentación repentina la que arrastró a Acán cuando, con el resto del ejército, entró a Jericó? Por lo menos queda en claro que, al finalizar la tarde del día de la captura de Jericó, había hurtado uno de aquellos mantos de exquisito tejido que le daban fama a la llanura de Sinar, junto con un lingote de oro y unas monedas de plata, y se los había llevado ocultamente.

Podemos imaginárnoslo trayéndolos a su tienda. Cavó un hueco en la arena y escondió el botín, que por orden especial de Josué había sido dedicado a Jehová.

Había procedido con tan absoluto secreto, y tenía tanta confianza en la connivencia de los que vivían en su tienda, que en medio de la búsqueda general del ladrón esperó la detención y calló hasta que el infalible dedo de Dios lo señaló, como si dijera: «¡Tú eres el hombre!».

Deberíamos lamentarnos más por el pecado que por sus resultados...

«Entonces Josué rompió sus vestidos, y se postró en tierra sobre su rostro delante del arca de Jehová hasta caer la tarde» (vs. 6).

Se dolía por la desgracia infligida a su pueblo, y estaba estupefacto por los resultados que seguirían tan pronto como las noticias se difundieran. A juzgar simplemente por las razones humanas, la peor consecuencia podría esperarse cuando las naciones de Canaán descubrieran de repente que las huestes israelitas no eran invulnerables. Esto era lo que temía Josué, que los cananeos y demás habitantes de la tierra lo supieran, los encerraran y borrarán su nombre de sobre la Tierra.

Nos asustan más las consecuencias del pecado que el pecado en sí; el «qué dirán» y lo que otros hagan, más que la mirada de dolor y tristeza del rostro que nos observa desde la multitud de espíritus glorificados que nos rodean. Mas no es así con Dios: es nuestro pecado lo que lo oprime, como la carreta que gime por el peso de su carga.

Pocos de nosotros nos damos cuenta de lo que es en realidad el pecado, pues no hemos conocido ningún carácter sin él, ni en nosotros ni en los demás. Por supuesto, es posible aprender algo de la extrema pecaminosidad del pecado al contemplar la agonía, el dolor y la vergüenza del Señor moribundo en la cruz; al recordar el precio infinito que el amor de Dios pagó para redimirnos del pecado. Sin embargo, la mejor manera de conocer bien el pecado en sí es cultivar la amistad del Dios santo. Mientras más lo conocemos, tanto más entramos en su idea del mal sutil de nuestro corazón. Entonces encontraremos el pecado oculto donde menos lo esperamos. Sabremos que toda mirada, tono, gesto, palabra, pensamiento que no sea compatible con el amor perfecto, indica que el virus del pecado todavía no ha sido expulsado de nuestra naturaleza; y no nos quejaremos tanto por los resultados del pecado como por el pecado en sí. Este es el dolor pío que no necesita arrepentimiento.

Deberíamos además someternos al juicio de Dios: «Y Jehová dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro?».

Fue como si hubiera dicho: «Te entristeces por el efecto; laméntate más bien por la causa».

Siempre que nos sintamos en perpetuo fracaso podemos estar seguros de que hay un mal secreto escondido en el corazón y en la vida. Debe de haber alguna falla en el elemento aislador del alambre por el que nos llega la corriente de la fuerza y la gracia divinas; y es inútil orar para que la comunicación sea renovada hasta que se repare el defecto. No es cuestión de la disposición o indisposición de Dios para hacerlo, sino de las leyes del mundo espiritual que no le permiten aliarse con el pecador que conscientemente tolera el pecado en su vida.

Al buscar las causas del fracaso, debemos estar dispuestos a recibir las peores noticias. Al desnudarnos espiritualmente delante del buen Médico, recordemos que Él desea indicar la fuente de nuestro dolor sólo para extraerla: «Callad y sabed».

Dios tiene toda la responsabilidad de mostrarnos el error si hemos puesto todo en sus manos. Dejémoslo allí, y esperemos. Si Él tiene algo que decir, lo dirá clara, precisa y ciertamente. Si no dice nada, es porque la hora de decirlo no ha llegado. Pero puede que sea mañana por la mañana cuando Él le diga todo. Mientras tanto, esperemos y confiemos.



Cuando Dios juzga el pecado, se remonta a su genealogía. Para tratarlo a fondo debemos ir a su origen. Generalmente juzgamos lo malo que flamea a la vista de los demás; deberíamos profundizar más hasta ver la chispa que arde por horas y el descuido que la dejó allí. Y al meditar en estos pequeños comienzos, nuestro Dios nos fortalecerá contra las grandes catástrofes.

Lo que llamamos pecado es la consecuencia del pecado permitido días, quizás semanas antes, que durante ese tiempo ha estado cobrando fuerzas dentro del corazón. Si queremos estar libres de grandes transgresiones, debemos preocuparnos por estar libres de faltas ocultas, tan sutiles y microscópicas que eludirían cualquier escrutinio, menos el de la conciencia mantenida sensible por la gracia del Espíritu Santo.

Es conveniente a veces pasar revista a las tendencias del corazón y la vida. Debemos hacer que las «tribus» principales de nuestro ser pasen delante de Dios, las públicas y las privadas -nuestra conducta en los negocios, la familia, la Iglesia-, hasta que una sea señalada. Entonces debemos examinar esa parte de nuestra vida, en sus varios aspectos y compromisos, y analizarla por días o deberes; separarla en sus elementos y escrutar cada uno de ellos.

Pero, sobre todo, cualquiera que practique el autoexamen debe apoyarse para ello en la dirección del Espíritu Santo, y mirar diez veces al bendito Señor por cada vez que ponga su vista en las corrupciones del corazón natural. Acaso es «puestos los ojos en Jesús» como se consigue el secreto del crecimiento espiritual.

Una vez descubierto el pecado, no deberíamos tener tregua: «Entonces, Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán, hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, sus hijos, sus hijas, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor (...) Y todos los israelitas los apedrearon, y los quemaron después de apedrearlos» (vs. 24, 26).

Entonces Jehová repitió las palabras que precedieron a la captura de Jericó: «Jehová dijo a Josué: No temas (...) Mira, Yo he entregado en tu mano al rey de Hai, a su pueblo, a su ciudad y a su tierra» (Jos. 8:1).

Y Josué marchó hacia arriba del estrecho y largo paso con treinta mil hombres, guerreros poderosos. En todos los pechos se respiraba una sensación de integridad que había echado a un lado todas las causas del

fracaso y la derrota. Se hicieron los preparativos con gran destreza; la apariencia de huida de parte de Israel hizo que los de Hai los persiguieran; y la ciudad quedó a merced de los que estaban emboscados, quienes a la señal de la jabalina levantada de Josué entraron y le prendieron fuego. Y en aquel lugar donde Israel había tenido aquella derrota tan desastrosa, el pueblo tomó un botín muy grande, especialmente de ganado, que bajaron en triunfo al campamento de Gilgal.

Así el valle de Acor se convirtió en la puerta de la esperanza, una metáfora que es tan verdadera como hermosa.

En definitiva, no hay en nuestra vida interior en Cristo valle de Acor donde se lleve a cabo fielmente la ejecución en el que no haya una puerta de esperanza, una puerta de entrada al jardín del Señor, un canto tan dulce, gozoso y triunfante que parecería como si el vigor de la juventud estuviera entrelazado con la experiencia y dulzura de la vejez.

# Capítulo 11

## Ebal y Gerizim

Esta fue una de las escenas más impresionantes que ocurrieron durante la ocupación de Canaán. Jericó y Hai fueron convertidas en pilas de ruinas quemadas; sus reyes y su gente fueron completamente destruidos; sus aldeas vecinas y dependientes enmudecieron de terror. Y por toda la tierra se extendió el rumor del poder del Dios de Israel. Las naciones de Canaán parecían estar tan aterrorizadas que no ofrecieron resistencia alguna cuando todo Israel fue en una peregrinación de unos cincuenta kilómetros para realizar un deber religioso.

La Palabra dice: «Y el día que pases el Jordán a la tierra que Jehová tu Dios te da, levantarás piedras grandes, y las revocarás con cal; y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley» (Dt. 27: 2 y 3).

Josué, sin pérdida de tiempo, se dispuso a obedecer estas órdenes detalladas y urgentes; y a los dos o tres días después de la caída de Hai -tal vez a las tres semanas después del paso del Jordán-, se congregó el pueblo en el valle de Siquem, vigilado por el norte por las laderas estériles del Ebal, y por el sur por su gemelo gigante el Gerizim.

El valle que está entre estos dos montes es uno de los más hermosos de Palestina; el pozo de Jacob está a su entrada, y toda su fértil extensión está cubierta con la belleza de jardines color esmeralda, arboledas y olivares, dispuestos en belleza ondulante hasta los muros de Siquem; en tanto que el murmullo de los arroyos que fluyen de todas direcciones llena el aire. Allí llevó Josué al pueblo para que, por un acto solemne, pudieran tomar posesión de la tierra para Dios.

Ebal tenía aspecto severo y estéril. Había, por tanto, una congruencia entre su apariencia y la parte que desempeñaba en el programa solemne de ese día. Por sus laderas hacia la cima ascendían en apretada masa las seis tribus. Con estentóreos amenos, repetidos doce veces, respondían a las voces de la banda de levitas de vestiduras blancas, quienes, de pie con Josué y los ancianos, oficiales y jueces en el fértil valle, repetían solemnemente las maldiciones de la ley.

Pero eso no fue lo primero que se hizo en la sagrada ceremonia. Antes de que la gente ocupara sus puestos en las laderas de la montaña, se levantó un altar en la parte baja del Ebal. Las instrucciones especiales para su construcción habían sido dadas en el capítulo 27 de Deuteronomio. Se debía construir con piedras sin pulir, sobre las cuales no se había levantado ninguna herramienta de hierro. Esto era probablemente para prevenirlos contra el intento de hacer una imagen de Dios, y para mostrar el rechazo de los ornamentos floridos y lascivos que tanto les gustaban a los gentiles circundantes.

Allí ofrecieron ofrendas quemadas y sacrificaron holocaustos de paz. La ofrenda quemada era la que se conocía como ofrenda de olor fragante. Se quemaba toda la víctima: «Ofrenda encendida de olor grato para Jehová» (Lv. 1:9).

Esto simbolizaba nuestro deber de presentarnos sin reserva a Dios. La ofrenda de paz también pertenecía a las ofrendas de sabor grato, pero no se consumía completamente; una parte era comida por los ofrendantes para dar testimonio de que en ella tenían compañerismo y comunión con Dios. A la vista de Israel, pues, Josué y otros representantes escogidos participaron de los sacrificios y obedecieron el mandamiento divino: «Comeréis allí, y os regocijaréis delante de Jehová tu Dios» (Lv. 10:13).

Nosotros también, al pasar a la Tierra Prometida debemos tener en cuenta no dejar atrás la amable y devota consideración de esa preciosa sangre mediante la cual hemos sido redimidos y que es nuestra vida. Por eso, porque Cristo murió, nunca tendremos que estar sobre el monte de la maldición. Como Él no estimó su vida como cosa a que aferrarse, esas colinas terribles y prohibidas se han convertido en la escena de la bendita comunión con Dios. Nos sentamos a festejarnos con Él, y desde un pico hasta el otro, el gozo persigue los terrores de la maldición. Como el derramó su sangre, habrá «rocío y lluvia y campos de ofrendas», aun sobre el monte Ebal, hasta que sus laderas aterrazadas semejen a las del monte opuesto, el de la bendición.

Alrededor del altar, los hombres fuertes de Israel levantaron grandes piedras, y las repelieron con una mano de cemento, compuesto de cal o yeso, sobre el cual era fácil escribir claramente todas las palabras de la ley (véase Dt. 27:8). En aquella atmósfera seca donde no hay escarcha que raje ni desintegre, tales inscripciones permanecerían durante siglos. Como el tiempo no permitía la inscripción de toda la ley, es posible que sólo los

puntos sobresalientes fueron encomendados a la custodia de las piedras, para perpetuar a las generaciones venideras las bendiciones para la ocupación de Palestina por Israel.

Cuando pasamos de lo literal a lo metafórico, y buscamos el significado típico subyacente de esta inscripción de la ley en posición tan prominente en la Tierra Prometida, al principio nos asustamos. ¿Qué puede significar? Los que estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales, ¿estamos todavía sujetos a la ley, «bajo la ley», como dice el apóstol? ¿Hay después de todo, una conexión entre la ley y la gracia? Sólo hay una respuesta para estas preguntas. No confiamos en nuestra obediencia para merecer el favor de Dios, ni para ganar ninguna de las bendiciones del Evangelio. Pero también es verdad que la fe no invalida la ley de Dios.

A saber, cuando estamos completamente rendidos al Espíritu de vida que está en Jesucristo, que se mueve libremente a través de nosotros como la sangre por las arterias y venas, Él nos vuelve sensibles aun a los mandamientos y deseos más pequeños que Él nos ha enseñado a amar; y al hacerlo, nos encontramos guardando la ley de un modo que nos resultaba extraño cuando era solamente una observancia externa; y clamamos como el salmista: «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación» (Sal. 119:97).

Cuando estos ritos se completaron tuvo lugar la escena tercera y final de esta extraordinaria transacción. El arca reposaba en el centro del valle con su grupo de sacerdotes y levitas asistentes. Cerca de allí estaban Josué, los jefes de las tribus, los ancianos, los funcionarios y los jueces. Luego, más arriba, en las pendientes de Ebal, sentados en las terrazas de las laderas, estaban Rubén, Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí; en las laderas del Gerizim se hallaban las tribus más grandes e importantes de Simeón: Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín. Era como si la voz de la bendición tuviera que resonar más alto que la de la maldición: una predicción de su dominio y triunfo finales.

Entonces Josué leyó en voz alta «todas las palabras de la ley, las bendiciones y las maldiciones, conforme a todo lo que está escrito en el libro de la ley» (Jos. 8:34). Y mientras él leía con solemnidad, las bendiciones o las maldiciones (véase Dt. 27:11-28:14), cada parte recibía la respuesta de los amenes que tronaban en los millares de gargantas, y se repetían en ecos reverberantes por las colinas. ¡Rara vez la Tierra ha oído tales gritos!

Vale la pena meditar en las bendiciones adjudicadas a la obediencia en ese famoso capítulo 28 de Deuteronomio para descubrir sus resonancias espirituales y, entonces, reclamarlas.

Finalmente, no podemos concluir nuestra meditación mejor que pidiendo al Espíritu Santo que more en nosotros y nos guíe para que escojamos lo que Él ordena y para que no nos desviemos ni a diestra ni a siniestra de la senda estrecha de la obediencia; que mantengamos sus mandamientos y sus peticiones en perfecta conformidad con su voluntad. Así Ebal deja de fruncir el ceño, y Gerizim hace llover sus bendiciones sobre nosotros.

# Capítulo 12

## Tretas del Maligno

Todo el país se había levantado en armas. Así como los fariseos y saduceos, enemigos por herencia, se confabularon para destruir a Cristo, también todos los reyes de Canaán -heteos, amorreos, ferezeos o heveos- se coligaron para pelear contra Israel y Josué.

Las noticias de esta formidable coalición llegaron al campo de Gilgal, adonde había regresado el guía con el pueblo de su peregrinación a Siquem. Josué posiblemente oyó las noticias sin mayor sobresalto, pero para los príncipes las noticias resultaron buenas al saber que había posibilidad de aliarse con los que estaban listos a estar con ellos en aquella hora de dificultad solemne. Esta alianza, sin embargo, les iba a causar tal vez más ansiedad que el pecado de Acán.

Cada vez que nos amenace una nueva dificultad podemos esperar el encuentro de una tentación tal cual la que le presentaron a Israel los gabaonitas.

Un día un grupo de extraños se anunció y parecía que habían venido de un país lejano. En todas las piezas de sus vestidos, como en las enjalmas de sus burros, se veían las señales de un largo viaje. Los zapatos estaban gastados, los trajes desteñidos, los costales con huecos, los odres de vino con parches, y cuando mostraron lo que les quedaba de pan, el moho mostraba que hacía muchos días que lo habían sacado del horno. Nadie sospechó que bajo ese inteligente disfraz se ocultaba una banda de heveos. Pero así fue. Por primera vez, dentro de los recintos del campamento que era sagrado para el Señor, entraba una compañía de los habitantes de Canaán, cuya destrucción se le había comisionado expresamente a Israel.

Si no hubiera sido por el disfraz, no se les habría permitido entrar dentro del círculo de las tiendas. Pero su explicación era tan lógica, sus referencias a Jehová tan reverentes, su apariencia tan de acuerdo con su palabra, que engañaron completamente a Josué, a los príncipes y al pueblo.

Así es como somos tentados todavía; más por la astucia de Satanás que por sus asaltos al descubierto; más por el engaño del pecado que por su guerra declarada. Todos debemos cuidarnos de aquellos que se abren camino hacia nuestro afecto, nuestros consejos, nuestros hogares o negocios; que hablan persuasiva y falsamente del buen Nombre de Dios. Ciertamente, hay muchos gabaonitas engañosos alrededor nuestro...

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo» (1 Jn. 4:1).

Parece que los que dirigían a Israel, al principio, sospecharon un poco de los visitantes: «Y los de Israel respondieron a los heveos: Quizás habitáis en medio de nosotros, ¿cómo, pues, podremos hacer alianza con vosotros?» (Jos. 9:7).

Pero sus sospechas se desvanecieron al escuchar su historia y ver las evidencias aparentes de su largo viaje. Fue una buena oportunidad para poner a prueba su sagacidad. Todavía no se les había permitido demostrar su valor y su poder, pero por lo menos podían ahora dar prueba de su inteligencia. Este era un asunto demasiado obvio para referirlo al sacerdote Fineas con su Urim y Tumim. Y entonces tomaron de sus provisiones, mohosas como estaban, en prueba de su buena voluntad de considerarlos como aliados y amigos; más aún, los príncipes de la congregación también les pronunciaron juramento. Pero no «consultaron a Jehová».

¡Qué sonido más ominoso hay en esas palabras! Anuncian desastre, y les cayó. Si tan sólo hubieran consultado al Señor, la lucecita de la piedra sagrada hubiera descubierto el secreto fatal e impedido la formación de aquella alianza.

Apliquemos esta moraleja a nuestros corazones. Nunca confiemos en nuestro propio juicio. Cuando el sentido común está demasiado seguro de la rectitud de cierto método de acción, será mejor asegurarse más y elevar el alma a Dios, para que nos conteste en desaprobación con un no, o nos ilumine con un sí. Si después de esto, todavía hay dudas, sabremos que el tiempo no ha llegado todavía para entender toda la voluntad de Dios. Bajo tales circunstancias, hay que esperar. Y cuando llegue la hora de actuar, Él nos habrá dado señales tan claras de su voluntad que no habrá lugar a equivocaciones. Y es que «ninguno que espere en Él será avergonzado».



Más aún, antes de entrar en cualquier tipo de alianza -al escoger el cónyuge, al entrar en negocios con otros, al dar aprobación a alguna proposición que supone una confederación con otros-, asegúrenos de buscar el consejo de Jehová.

Hay ciertos juramentos que son sólo promesas vanas, como fue el caso de Herodes. Y si se hubiera previsto el peligro de que estos heveos corromperían a Israel, hubiera sido mejor para el pueblo, no obstante el juramento de los príncipes, haberlos destruido como al resto de los cananeos. Pero se trató de evitar la realización de ese peligro al reducirlos a la servidumbre: «Josué los destinó aquel día a ser leñadores y aguadores para la congregación, y para el altar de Jehová» (Jos. 9:27).

Este es un ejemplo hermoso y consolador del modo como Dios repara nuestros errores, y saca bendición de nuestros pecados. Sin pensarlo, tal vez, uno de los lectores se ha aliado con un gabaonita: por matrimonio, en los negocios, o alguna otra cosa. ¿Debe entonces abandonar su elevado privilegio y olvidar su ministerio al mundo? Por supuesto que no. Vuélvase a Dios en arrepentimiento y confesión, y Él le enseñará a cambiar esos obstáculos en medios útiles; de modo que pueda cortar la leña para la ofrenda quemada, sacar el agua para las libaciones y promover la prosperidad y el bienestar del alma...

«Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone. Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido (...) Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizás harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizás harás salva a tu mujer?» (1 Co. 7:12-14, 16).

Es verdad que la consecuencia natural de nuestros pecados puede seguir su curso. Las manos del borracho regenerado todavía tiemblan. El recibimiento del hijo pródigo tal vez nunca pueda quitar los efectos de la fiebre contraída en los corrales de los puercos. El gabaonita estará amarrado a ti siempre, por lo menos en este mundo. Pero estas cosas no gobernarán, sino que servirán; no impedirán, sino que promoverán. Rajarán la leña y sacarán el agua para el santuario interior del carácter, y para la promoción de las normas más elevadas de la realización cristiana.

# Capítulo 13

## Un día inolvidable

«No hubo día como aquel» (Jos. 10:14); en efecto, quedó como único en la historia de la conquista de Israel y de Josué. Veamos los preámbulos... Antes Israel había luchado contra ciudades separadas, Hai y Jericó; pero ahora cinco reyes de los amorreos se aliaron contra el pueblo de Dios: los reyes de Jerusalén, Hebrón, Jarmut, Laquis y Eglón.

La ciudad traidora de Gabaón fue el objeto del ataque de las fuerzas combinadas. Esto se debió en parte a que su deserción había hecho enojar mucho a sus antiguos aliados, y en parte también a que por su ocupación podrían interponer una barrera más a la invasión de los israelitas. La ciudad real de Gabaón estaba solamente a unos diez kilómetros al norte de Jerusalén.

De repente los hombres de Gabaón se vieron rodeados por una vasta hueste de furiosos guerreros, quienes, aunque no se atrevían a medirse con Josué, estaban muy deseosos de vengarse de los que se habían atrevido a aliarse con él. Confiados en la fidelidad de Josué al pacto hecho recientemente, los gabaonitas se apresuraron a enviarle un mensaje con una petición de ayuda inmediata.

Tan pronto como recibió el mensaje, Josué vio la importancia de justificar de una vez la confianza que habían depositado en él. Antes de ocultarse el sol, ya habían circulado por el campamento las órdenes de que todos los guerreros estuvieran listos para una marcha de medianoche; y al amanecer escaló el paso escabroso de Gilgal a Gabaón -veinticuatro kilómetros-, y cayó de repente sobre el ejército adormecido, antes de que tuvieran tiempo de prepararse para la batalla. Acaso aquellos a quienes se les confían grandes empresas no deben conocer la inercia ni la indolencia.

La batalla fue muy recia toda la mañana. Era al amanecer cuando el combate comenzó, y los reyes empezaron a retirarse al caer de la tarde; y los cananeos, incapaces ya de soportar los ataques sucesivos de Israel, que cargaban con el grito de batalla: «Jehová, poderoso en combate», huyeron como un rebaño de ovejas asustadas. Corrieron unos dieciséis kilómetros, escalando una loma empinada hacia la cordillera alta de Bet-horón Superior.

Desde ese punto, la carretera desciende doscientos diez metros en tres kilómetros, y es rústica y quebrada. La roca ha sido cortada en forma de escalones. Por esta escabrosa pendiente huyeron los fugitivos para ver si podían llegar a sus fortalezas y ciudadelas, que quedaban en el valle de abajo, deseando que llegara la noche para descansar de la angustia de la persecución. Fue entonces cuando comenzó la tormenta, y cayó granizo sobre ellos con furia irresistible, como si toda la artillería del cielo hubiera abierto fuego de repente.

La tormenta que se desató aquella tarde sobre el escarpado descenso de Bet-horón no era nada común. El granizo oriental es de gran tamaño; se dice que algunas veces caen pedazos de hielo de más de una libra de peso; estos podrían matar con su impacto a cualquier persona. Lo más extraordinario es que la tormenta ocurrió en un momento en que podía saciar su furia en los amorreos sin herir a Israel: «Y mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada» (Jos. 10:11).

El sol ya se ocultaba sobre las colinas de Gabaón. Sólo faltaban una o dos horas y su repentina desaparición traería consigo el rápido crepúsculo oriental, mientras la cara pálida de la luna aparecería sobre las aguas púrpuras del mar grande en espera para guiar a la noche en su curso estelar. Fue bajo estas circunstancias que Josué se atrevió a pedir un don de Dios sin precedentes: que se pudiera prolongar el día.

El milagro más estupendo del día consistió en la continuación de la luz del día. La potencia divina no tiene límites. No debemos dudar al aceptar cualquier maravilla bien acreditada, pero tampoco debemos dejar de creer que Dios puede detener el reloj del universo, si fuera necesario hacerlo.

No hace falta creer que se detuvo el tiempo. Por algún proceso cuyas leyes ignoramos todavía, pero de las cuales tenemos una ligera idea -por refracción, en el fulgor que sigue al ocaso, con el fantástico espectáculo que bien conocen los viajeros que se aprecia en las grandes alturas y entre las montañas más elevadas-, Dios pudo prolongar la luz del día hasta cuando Israel hubo terminado de destruir a sus enemigos, de modo que sólo una pequeña minoría entró a las ciudades fortificadas. El «cómo» no es importante para la discusión que nos ocupa ahora. Nos basta con creer en el

hecho mismo. De algún modo, la duración de la luz de ese día fue prolongada hasta que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos.

Hay días magníficos en la vida humana cuando los pensamientos y propósitos, luego de haber estado fortaleciéndose en silencio, de pronto se dan rienda suelta y se transforman en actos, palabras y oraciones extraordinarias. En tales ocasiones entendemos lo que Jesús quiso decir cuando dijo: «Cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice; lo que diga le será hecho» (Mr. 11:23).

Derrotados, vencidos, fatigados estaban los reyes cuando se refugiaron en la cueva de Maceda; pero Josué no se detuvo para despacharlos; estaba muy ansioso por terminar lo que ya había comenzado e impedir que los cananeos volvieran a sus ciudades. Así que dio órdenes de mantenerlos presos en la cueva hasta su regreso. Después, victorioso, y -como dice Josefo- sin perder casi ni una sola vida, regresó. Sacaron a los reyes de su escondite y, mientras ellos se arrastraban humillados a los pies de sus conquistadores, Josué llamó a los hombres de Israel y les dijo a los jefes de los guerreros: «Acercaos, y poned vuestros pies sobre los cuellos de estos reyes» (Jos. 10:24).

Nuestro propósito de ahora no nos exige que sigamos los pasos de los conquistadores de ciudad en ciudad. Todas fueron tratadas con la misma severidad inmisericorde. Los reyes fueron muertos, sus cuerpos colgados en maderos hasta la noche; y todos los habitantes fueron matados, de modo que no quedó nadie con vida, una destrucción completa de todos y cada uno de los habitantes a filo de espada.

Debemos recordar que los israelitas eran los verdugos de la justicia divina, comisionados para llevar a cabo la sentencia que requerían las abominables impurezas de Canaán. Hay un tribunal de justicia para las naciones, así como lo hay para los individuos. Y el juez Todopoderoso se asegura de que se cumplan sus sentencias.

Hay en nuestras vidas días tan extraordinarios por la combinación de circunstancias difíciles, oposición humana y conflictos espirituales, que se destacan del resto con singular terror. Pero si vivimos en comunión con Dios tratando de hacer su voluntad, estos días no vienen sin que también venga el aliento de Dios: «No tengas temor de ellos; porque Yo los he entregado en tu mano» (Jos. 10:8).

Nuestra única preocupación deberá ser que nada nos aparte de su camino ni intercepte la comunicación de su gracia. Como avisado general, debemos mantener despejada nuestra ruta de regreso a la base de operaciones, que es Dios. Si observamos esto, no tenemos por qué preocuparnos por nada más.

Además, tales días bien pueden estar llenos de la presencia consciente de Dios. A través de todo el conflicto, el corazón de Josué estuvo en comunión perfecta con el poderoso Capitán del ejército del Señor, que cabalgó junto a él todo el día. De modo que en todas nuestras luchas, nuestras mentes y corazones deben estar allá arriba, y morar allí donde está sentado Cristo, recibiendo de Él gracia sobre gracia, a medida que la necesitemos. Pongamos todas las cosas en las manos de Dios, pidiéndole que vaya delante de nosotros, que pelee por nosotros y que nos libre como lo hizo por su pueblo en aquel gran día. En tales días podemos tener luz para la cual no se pueda hallar una hipótesis natural.

En definitiva, busquemos la gracia del Espíritu Santo para que sigamos con tal actitud de alma que no perdamos nada de la oportuna y gratuita ayuda de Dios.

# Capítulo 14

## Reclamando la victoria

Las aguas de Merom debieron de ponerse rojas con la sangre vertida ese día de lucha. Los viajeros describen este lugar como uno de los paisajes más bellos de Palestina.

A este grato y adecuado lugar, Jabín, rey de Hazor, provocado al fin al temor y la acción por las noticias de lo ocurrido en Gabaón, citó a todas las tribus del norte de Canaán. Los mensajeros se apresuraron por las colinas de Galilea hacia el norte lejano bajo las sombras del Libano, bajando por el valle de Esdraelón hasta el Carmelo y por las costas del mar Grande. Los jebuseos oyeron el llamado en las montañas, y también los heveos del Hermón de la tierra de Mizpa; y aun algunos que quedaban de la destruida confederación del sur parecen haber dado su escasa contribución a las filas congregadas de aquel gran ejército.

No había tiempo que perder en el campamento de Gilgal, adonde Josué había llevado sus guerreros a restaurarse después de las batallas. Tan pronto como recibió las noticias, salió con su ejército en marcha de cinco días que los llevó de Gilgal a Merom, a la batalla más grande de su vida. Josefo afirma que todas las fuerzas llegaban a 300.000 guerreros, 100.000 caballos y 20.000 carros. También dice que los israelitas estaban aterrados de tener que habérselas con los carros de hierro que penetraban raudos dentro de las filas del enemigo, a la vez que descargaban sus proyectiles con un efecto devastador.

Tal vez la información acerca del inmenso ejército que lo esperaba dentro del círculo de las colinas le llegó a Josué cuando estaba a un día de marcha de su campamento, pero la firmeza de su carácter no conocía límites, porque al mismo tiempo que las noticias le vino la promesa: «No tengas temor de ellos, porque mañana a esta hora Yo entregaré a todos ellos muertos delante de Israel» (Jos. 11:6).

Josué volvió a usar la táctica con la que tanto éxito había tenido antes. Cayó sobre ellos de repente, tal vez al comienzo del amanecer. Al ataque de los israelitas, aquella gran multitud quedó sobrecogida de pánico y las fuerzas del enemigo fueron derrotadas. Durante los años siguientes a esta última y

final victoria, Josué llevó a cabo una campaña contra las ciudades que quedaban en pie, cada una sobre su cima o colina según las costumbres de aquel tiempo, de donde habían salido Jabín y sus aliados a pelear. Hazor fue quemada, posiblemente para intimidar al resto de ellas, pues era la más prominente en la alianza contra Israel. Ahora parecía suficiente destruir a los habitantes que podían portar armas, inutilizar los caballos y quemar los carros.

Los guerreros anaceos, de extraordinaria estatura, que habían sido el terror de Israel, fueron destruidos juntamente con sus ciudades, y toda su tierra pasó a manos de Israel.

Antes, con frecuencia, los cananeos se habían reunido para oponerse a la invasión israelita, pero nunca después de esta batalla se atrevieron a combatirlos.

Era necesario seguir esta victoria y aplicar sus consecuencias. Aunque las victorias de Israel fueron decisivas, en cierto sentido eran todavía incompletas. Es verdad que Josué destruyó las ciudades y a sus habitantes; pero parece que muchos de ellos se habían retirado antes del ataque en busca de seguridad en las fortalezas rocosas o en cuevas de la vecindad de sus hogares, de modo que tan pronto como pasó la oleada de la conquista por su tierra y cesó, salieron de sus escondites y volvieron a ocupar las casas y tierras de las que temporalmente habían sido expulsados.

La exterminación total de la población habría resultado muy inconveniente, pues la tierra habría quedado sin cultivo; las terrazas, tan necesarias en aquellas colinas, se habrían desmoronado, y los acueductos habrían quedado irreparables. Encima, las bestias salvajes se multiplicarían en forma alarmante y peligrosa. Sería más sabio, pues, desplazar gradualmente a los cananeos. Las victorias de Josué fueron decisivas pero no finales; debían continuarlas las tribus de Israel. No había más duda en cuanto a la continuación de las victorias, pues también estaba garantizada por las promesas divinas.

Encontramos una muy importante lección espiritual en las peculiaridades de esta ocurrencia progresiva de las victorias de Josué: «Tomó, pues, Josué toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución según sus tribus» (Jos. 11:23).

Pero Israel tendría todavía que pelear por cada metro de terreno para expulsar a los enemigos que había conquistado. Del mismo modo, como ya hemos visto, nuestro bendito Señor ha obtenido una victoria decisiva sobre todos nuestros enemigos; pero tenemos que continuar reclamándola hasta que, como nos sucede a todos nosotros, sea destruido nuestro íntimo enemigo, que es la muerte.

El mundo está vencido, pero nosotros tenemos que conquistarlo por la fe. La carne ha sido clavada en la cruz, y el viejo hombre ha sido destruido, pero para poder vivir tenemos que mortificar por el Espíritu las obras de la carne, para que podamos vivir. El diablo ha sido completamente vencido, pero tenemos que abrigarnos en el Unigénito, confiando en que Él nos protegerá para que no nos toque el maligno. Somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó; pero no habrá nunca un día en nuestra vida en que no necesitemos vencer mediante la palabra de nuestro testimonio y la sangre del Cordero.

Somos guerreros poderosos porque somos uno con Aquel que es más poderoso que todos. Cuando nos veamos rodeados por nuestros enemigos, clamemos por la victoria: «¡No temas, ni desmayes! El Señor está contigo». Y cuando el corazón y la carne desfallezcan, miremos al Señor y pidámosle la victoria. Asegurémonos de que es nuestra, y recojamos el botín. Ni los hijos de Anac ni las ciudades amuralladas podrán acobardarnos ni sorprendernos. Pertenece a la legión de conquistadores... ¡Reclamemos, pues, lo que nos pertenece de la victoria del Salvador!



# Capítulo 15

## Reposo en los lugares celestiales

El libro de Josué se divide en dos partes: la primera trata de la conquista, la segunda de la distribución de la tierra prometida. El punto divergente de las dos se encuentra al final del capítulo 11 de Josué. Allí termina la historia de la conquista y comienza la de la distribución. Y allí precisamente tenemos el solemne resumen: «Y la Tierra descansó de la guerra», nota de bendita paz y tranquilidad que se repite en el capítulo 14. Pero eso no es todo, pues en el capítulo 21 se nos dice de nuevo que «Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres» (vs. 44).

Lo cierto es que todo esto está muy de acuerdo con la analogía espiritual que hemos seguido a través de este libro. Aquel que incorporó anticipaciones del Calvario en los sacrificios y ofrendas de Levítico, también representó la tumba vacía y el monte de la Ascensión en la conquista y distribución de Canaán por Josué. En el caso del glorioso Antitipo hubo también una pausa de bendito reposo. A saber, entre la consolidación de su victoria y el derramamiento del Espíritu Santo, se nos dice que se sentó a la diestra de Dios.

La imagen de Nuestro Señor Jesucristo sentado a la diestra de Dios Padre es una metáfora gráfica y hermosa, llena de buenas ideas para la meditación. Es obvio que afirma el glorioso honor de su majestad, pues es uno con el Padre en su naturaleza divina. Con igual claridad, indica la unidad del Señor Jesús en la divina unidad del ser, aunque ahora lleve también consigo nuestra naturaleza humana. Así mismo nos enseña que Él reposa. Estar sentado sugiere una posición de reposo. Y, con reverencia, podemos indagar acerca de la naturaleza del reposo divino, para que nosotros también disfrutemos del Sabbat que Él mantiene a través de las edades.

Con todo, el descanso del Señor Jesús, simbolizado por su posición a la diestra del Padre, no fue provocado por la debilidad o la inactividad. ¿Qué fue? Seguramente significaba que había terminado lo que se había propuesto hacer. En la cruz dijo: «Consumado es»; desde el trono podría decir: «Ya he terminado». Como se dijo de Josué, así se podría decir del Josué mayor: «No dejó nada sin hacer». Y por eso, así como el Padre entró en su reposo cuando

había terminado la creación -un descanso, no por fatiga o inactividad, sino por la terminación de su obra-, así también el Hijo entró en su reposo cuando terminó de sentar las bases tanto de su obra redentora como de los triunfos futuros de su Iglesia. Ni fatigado ni inactivo, sino satisfecho. Había hecho todo lo que había proyectado que haría, todo lo que se podía hacer, y se sentó, por haber terminado su obra.

Cuando el creyente entiende el significado del reposo del Señor Jesús a la diestra del Padre, no sólo recibe la seguridad de la majestad divina de Jesús y de la aceptación del Padre de su obra mediadora, sino que además se da cuenta de que no se puede añadir nada a la obra que Él completó. Como Jesús está sentado en los lugares celestiales, su sacrificio es suficiente y completo; su sangre preciosa puede limpiar pecados tan rojos como la grana y beneficiar a una humanidad de pecadores. Y como su obediencia hasta la muerte ha satisfecho las exigencias de la ley, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús y sentados en los lugares celestiales con Él (véase Ef. 2:6).

También hay una importancia experimental en la reiteración de que nuestro Señor está sentado a la diestra del Padre. No debemos nunca dejar de tener presente que, puesto que Jesús tomó nuestra naturaleza, su obra es la del hombre representativo. Como tal, Él murió, resucitó y reina. Y como somos uno con Él por una fe viva, en la misma proporción podemos también decir que moriremos, resucitaremos y reinaremos con Él.

¿De qué manera podemos compartir el reposo de Cristo? Esta es una pregunta muy necesaria. Algunos de nosotros hemos sido hombres de guerra desde nuestra juventud; debemos cuidarnos no sea que, como a David, no se nos permita edificar el templo de Dios. Solamente los «Salomones», cuyos nombres hablan de la paz, son competentes para eso. Nuestra mejor obra para Dios no se puede hacer a menos que aprendamos en silencio.

El corazón reposado vive con Cristo por encima de la tormenta y la lucha; sensible al dolor humano y al propio, más capaz de discernir los propósitos de la sabiduría divina, de esperar la realización del plan divino y de confiar en el amor del corazón divino. En silencio espera la Palabra del Señor. No se conmueve con los cambios emotivos. Tal es su aquiescencia de la voluntad divina que se contenta con lo que venga.

No hay en esta clase de vida un quietismo antinatural, sino más bien la actividad y deseo más intensos. Pero en medio del movimiento más rápido y vehemente hay una forma de reposo, dulce y profundo.

El alma ya no se esfuerza por llegar a la cruz para obtener la justificación. Está segura de que todo lo que se tenía que hacer para ganarla fue hecho cuando Jesús dijo: «Consumado es».

Antes de entender el significado de la ascensión de nuestro Señor, nos oponemos a Satanás con la armadura de nuestra propia resolución y esfuerzos para enmendarnos. Pero cuando nos damos cuenta de todo lo que Jesús ha hecho, vemos que Satanás es un enemigo conquistado; que sus armas no pueden alcanzar una vida escondida con Cristo en Dios; y que en tanto que mantengamos nuestra posición en nuestro Señor resucitado, no tenemos que temer sus ataques ni sentirnos perturbados en la lucha.

Cuando nuestras voluntades pasan del eje egocéntrico al eje de Dios, nuestras vidas se hacen concéntricas con la vida de Dios. Entonces tratamos las pruebas y tristezas como mensajeros de nuestro Padre, pero no nos dejamos asustar por ellas. Así, aun nuestras debilidades indican la dirección por donde debemos canalizar nuestras energías. Por eso todo nos sale bien siempre, pues los propósitos divinos y los nuestros son los mismos. La oración será entonces el descubrimiento de los planes de Dios y un aferrarse a su voluntad.

No obstante, consideremos si acaso no haya un contraste similar entre lo que Dios se proponía ver realizado en Israel y, sin embargo, no se produjo, con nuestra situación actual; es decir, tal vez, no hemos alcanzado el ideal de Dios. Extendido por toda la Biblia y desplegado en la vida de Jesús hay para nosotros, como para Josué, un mapa de lo que Dios quiere para su pueblo. Todo está trazado para nosotros, y sería sabio por nuestra parte meditar con cuidado en esto, para con humildad reconocer el poco progreso que hemos hecho, y nos animemos a tomar posesión de todo aquello para lo cual fuimos llamados en Cristo Jesús.

Debemos distinguir entre intelectualismo y conocimiento. El ocio y el gusto, la memoria y la disciplina mental, la observación y la sociedad contribuyen mucho a la adquisición de cultura; pero esto es muy diferente al conocimiento. Un hombre puede estar completamente destituido de cultura y, sin embargo, tener una percepción directa e intuitiva de la verdad; en tanto

que el intelectual sagaz, inteligente y bien informado, puede estar completamente ignorante del verdadero conocimiento.

Dios quiere que le conozcamos así como lo conocía Jesús en su vida humana. Nuestro bendito Señor pone tal conocimiento a nuestro alcance. Él nos da vida eterna para que podamos conocer al único verdadero Dios. No obstante, ¡cuán poco conocemos al Padre!, conocemos tan poco del Padre por nuestra falta de comunión íntima y personal con Él.

Nuestro conocimiento de la Palabra de Dios refleja mucho nuestro conocimiento del Padre. La mayoría de los que profesan la religión cristiana se contentan con el conocimiento de unos cuantos versículos conocidos y muy usados. Leen y releen los mismos pasajes de los evangelios, los Salmos, o Isaías, pero nunca se aventuran por territorio desconocido en su lectura de las Escrituras. Lo más triste de todo es que no logran una percepción más profunda de esas mismas palabras que les son tan familiares. Son como las multitudes que pasan descuidadamente sobre las tumbas de los mártires, borrando las sagradas inscripciones e ignorantes de los pensamientos profundos que enriquecen al historiador que se inclina sobre ellas en meditación reverente.

Hay muchos temas que la gran mayoría de los cristianos, por acuerdo tácito, rehúsa considerar. Tales son, entre otros, la segunda venida de Cristo, la restauración de Israel y su misión futura para la humanidad, la cuestión de las profecías cumplidas y por cumplirse y la unión mística de Cristo con los que creen en Él. Hay aquí mucho territorio por conquistar. Corrijamos nuestros métodos, no vayamos siempre por la sendas trilladas, sino busquemos el conocimiento de toda la verdad como la ofrece la Palabra de Dios.

Si sabemos relativamente poco de la Biblia, sabremos menos de Dios. Algunos de nosotros nos atenemos solamente a un aspecto del carácter divino, en tanto que ignoramos el resto de la personalidad de Cristo. Exaltamos su misericordia a expensas de su justicia, y esta a expensas de su gracia. Nuestro conocimiento de Él, además, se basa en lo que otros nos dicen y en evidencias de oídas. Debemos oírlo, conocerlo por experiencia propia. ¡Oh, conocer a Dios de modo que se manifieste en el corazón como la mañana radiante o la lluvia temprana! La vida adquirirá nueva importancia cuando comencemos a explorar lo desconocido del Ser de Dios. Este es el terreno que nos queda por conquistar.

En nosotros, como en el Canaán antiguo, hay siete naciones de pecado. Al convertirnos a Cristo matamos el pecado en la carne con mucho éxito, pero nos hemos cansado de la vigilia constante y el conflicto. No nos gusta estar en la posición de alerta, firmes y dispuestos para el combate como un soldado. Cristo sólo ha cambiado algunas partes de nuestra vida.

Consideremos la grandeza del ideal divino para cada uno de nosotros. Ser «conformes a la imagen de su Hijo», ese el ideal de Dios.

Para ello, primero el alma es poseída por Cristo, luego posee a Cristo. Alma mía, ¿por qué vive entonces en pobreza y hambre? ¿No es porque no se ha entregado completamente a Cristo? Levántate, y ríndete a Él. Deja que te posea; y luego reclama una posesión recíproca de tu Señor. Entonces comenzará tu entrada a tu herencia eterna y comenzarás a dedicarte a propósitos que te ocuparán aun después de que el sol y la luna dejen de existir. Uno con el Padre, también nosotros llegamos a ser uno con Él, y a través de Él uno con la bendita Trinidad. Y es que no hay quien pueda describir la perfecta comunicación que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Nuestros afectos nos han perturbado dolorosamente al apartarse hacia cosas prohibidas. Pero cuando entramos a la vida del Jesús ascendido -que es la vida del Pentecostés-, vemos que nuestros corazones se inundan del amor de Dios. El corazón aprende que Dios satisface sus deseos con sobreabundancia. Ama y calla. No está ocupado por la lascivia congénita, ni va de aquí para allá dominado por las pasiones, ni dirigido por caprichos momentáneos. La carne está crucificada, el egoísmo está reprimido, el imperio del Salvador Santo es supremo y todos los elementos discordantes están en silencio.

Finalmente, estas benditas experiencias son posibles solamente a través del poder del Espíritu Santo. La ascensión de Jesús está inevitable y místicamente conectada con el descenso del Espíritu Santo. Magnificar los derechos en el Salvador glorificado, pero dejar de realizar la voluntad del Espíritu Santo para apropiarse esos mismos derechos en el gozo diario y real, es exigir a las almas que asciendan a cumbres inaccesibles y hacerles perder la esperanza.

Enseñemos a las almas el significado del reposo de Cristo, y que tienen derecho a todo lo que es el reposo en Dios; pero digámosles también que el poder para reclamar tal derecho se consigue a través de la gracia del Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.

# Capítulo 16

## Nuevas tierras para conquistar

Josué tendría unos noventa años de edad cuando se completó la conquista de Canaán. Pero todavía faltaba la realización de una parte muy importante de su obra. No le hubiera bastado confirmar la supremacía de Israel sobre los cananeos sin tomar medidas para la continuación de sus victorias con el establecimiento del pueblo en la tierra conquistada. El guerrero debe cederle el paso al administrador y al estadista.

El primer paso hacia la ocupación de Canaán lo vemos en el mandamiento del Señor a su siervo Josué, quien había cumplido su Palabra con tanta fidelidad. Aunque era viejo y muy cargado de años, todavía era el confidente de Jehová, el depositario de sus secretos y el ejecutor de sus planes. El haber sido comisionado para coronar y cerrar con broche de oro la carrera de su vida, aun después de sobrepasar el límite normal de la vida humana en veinte años, fue para Josué un tributo muy elevado.

Primero se hizo un estudio de la tierra aún sin conquistar; luego su distribución entre las varias tribus según su tamaño; y por último la apropiación y adquisición definitivas de cada zona mediante los esfuerzos de la tribu a la cual hubiera sido asignada.

Es de lo primero de lo que nos ocupamos ahora...

Después de que la voz de Dios lo hubo llamado a la última y grande obra de su vida, el veterano líder procedió a enumerar las zonas que quedaban sin conquistar. Algún tiempo más tarde, cuando todavía faltaban siete tribus por establecerse y había necesidad urgente de completar la tarea, se nombraron veintiún comisionados para que recorrieran la tierra, la examinaran y le presentaran un informe de los resultados de su comisión en Silo.

Así, podemos observar toda la región de Filistea (origen de la palabra Palestina), habitada por unos de los enemigos más obstinados que Israel haya encontrado jamás. También estaban los ricos pastizales del sur, y además la fértil y hermosa llanura de Fenicia, y los productivos valles altos, refrescados por las nieves y regados por los arroyos del Líbano. Sobre todas estas porciones de la tierra, Israel tuvo siempre un dominio muy débil. Al

comparar este bosquejo de las intenciones divinas con los territorios que se tenían en realidad bajo control en ese entonces, y los que Israel conquistó después, salta a la vista la diferencia tan grande entre el ideal de Dios y la herencia real de Israel.

El mismo contraste aterrador aparece cuando recordamos la promesa original hecha a Josué al principio de este libro: «Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Eufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio» (Jos. 1:4).

Y la promesa equivalente para nosotros sería:«A cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo» (Ef. 4:7).

El contexto demuestra claramente que esta no es la gracia común que se necesita para la vida diaria, sino los dones especiales de gracia de la plenitud pentecostal del Espíritu Santo adquirida para nosotros por el Señor ascendido.

Si entendemos correctamente las enseñanzas de la epístola, hay para cada miembro del cuerpo místico de Cristo una porción separada del don pentecostal. Ciertamente, hay algo más que lo que entendemos comúnmente por regeneración, o el don de fe, o la revelación del Salvador viviente. Hay un poder, un amor sobreabundante, una seguridad, un gozo exuberante y una libertad que no todos los cristianos disfrutan, pero que son su derecho innato tanto como son deseables.

Además, están los dones del Espíritu Santo por medio de los cuales se nos prepara especialmente para hacer la obra de Cristo en el mundo. Algunos de ellos son los siguientes: buen tacto para dirigir, sabiduría para ganar almas, capacidad para ayudar a los creyentes a alcanzar una vida más abundante, habilidad para administrar, hablar, o enseñar, facilidad de expresión, poder en la oración.

En realidad, Israel cumplió esta predicción sólo una vez, y por corto tiempo, durante su posesión de Canaán. Igualmente, muchos «conquistadores» cristianos evitan todo el continente de la bendición pentecostal como si estuviera lleno de pantanos, fiebre y pestilencias nocivas. En esto también encontramos mucha tierra sin conquistar...



Levantémonos y portémonos como hombres. Pidámosle a nuestro Josué celestial que nos establezca de tal modo que no quede riachuelo, valle, montaña, ni zona alguna sin conquistar. Dios nos ha dado en Cristo todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad; reclamemos toda nuestra herencia por una fe viva, para que podamos entrar en el gozo de todo lo que podemos poseer a este lado del Cielo.

# Capítulo 17

## Un compañero veterano

El repartimiento de la tierra tuvo lugar en Gilgal. Allí, donde se había quitado el oprobio de Egipto y donde había permanecido el campamento principal, era conveniente que se repartieran también las recompensas de la victoria. Fue un momento grandioso en la historia israelita cuando las tribus se congregaron alrededor de su experimentado jefe. Delante de Josué y de Eleazar estaban las urnas, una con los nombres de cada tribu y la otra con el nombre de cierta zona de la hermosa tierra conquistada.

Judá, la primera en la guerra y en la marcha, fue la primera en acercarse. Era una gran tribu y todavía estaba destinada a desempeñar un papel más importante en la historia de Israel y de la humanidad. Pero un incidente que merece toda nuestra atención impidió el que echaran suertes: los derechos de Caleb. ¡Detente, oh cristiano, y contempla una imagen tuya en tus mejores momentos, en la demanda del guerrero de blanca cabellera excelente, de este cachorro de león, que es lo que significa el nombre «Caleb»! Fuerte, atrevido, heroico, había mucho de león en él, además de su nombre. Había sido el joven león de la tribu de Judá hacía unos cincuenta años, pero estaba tan fuerte al salir de las filas de Judá para reclamar su derecho como cuando Moisés lo había enviado a espiar el país.

La característica más sobresaliente de la juventud de Caleb había sido su consagración completa a Dios. Con mucha frecuencia se dice de Caleb y de Josué: «Había seguido cumplidamente a Jehová» (Jos. 14:14).

Y eso se percibía en las palabras del anciano al dirigirse al camarada de muchas y difíciles batallas y fatigosas marchas. Todos los otros espías se habían apartado, aterrados a la vista de los gigantes, ciudades amuralladas y vastas formaciones de batalla. Habían quitado los ojos de los procesos de la voluntad de Dios y del poder de su mano; y en vez de seguirlo fielmente, se habían dejado vencer del pánico y habían hecho que el pueblo se acobardara. Pero no había habido pánico en el corazón de Caleb. Solamente había estado meditando en que cuando Dios se deleita en los hombres, los introduce a la tierra que mana leche y miel y se la entrega como un regalo.

Caleb siguió a Jehová íntegramente a través de los años de fatiga que siguieron. En medio de las marchas y contramarchas, de las innumerables muertes, de las murmuraciones y rebeldías del pueblo, se mantuvo en el propósito firme de hacer únicamente la voluntad de Dios, de agradarle, de no reconocer ningún otro jefe, ni escuchar ninguna otra voz. Siempre fuerte, veraz y puro, fue un hombre noble en cuya naturaleza fuerte se refugiaban los más débiles.

Dos cosas iluminaron la senda de este gran corazón en medio de la tristeza de las peregrinaciones y el caos de la conquista. Primero la certeza que había en su corazón, como el resplandor del sol del estío sobre el océano, de que Dios se complacía en él, de que los efluvios de la naturaleza divina hacia él estaban llenos de amor y gozo, y de que la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento podía ser su posesión inalienable.

Luego el recuerdo de Hebrón. Ya habían pasado cuarenta y cinco años desde la última vez que había visto los edificios blancos de la antigua y santa ciudad que se anidaba bajo sus terebintos. Hebrón, bajo cuyas encinas Abraham había levantado sus tiendas; cuyo suelo había sido pisado por los pies del Dios encarnado, cuando acompañado de dos ángeles visitó la tienda de Abraham; Hebrón, donde estaban sepultados Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Jacob y Lea; cada uno en su nicho, en posesión de la tierra, pues las tumbas de los muertos siempre conservan la posesión de la tierra para los vivientes, hasta que se realizara la promesa de Dios y la simiente de Abraham pudiera regresar para reclamar su herencia.

Dios conocía su secreto y había dispuesto que él pudiera tener lo que satisficiera su corazón de modo permanente. A menudo, al acostarse junto al fuego, pensaba en Hebrón antes de dormirse; y al calor del mediodía, cuando brillaban los espejismos en el horizonte, parecería a veces que las verdes colinas de Hebrón lo estaban llamando a través del desierto.

Se puede apreciar la actitud del corazón de Caleb durante esos largos años de espera en las palabras que dijo en esta memorable ocasión: «Ahora bien, Jehová me ha hecho vivir, como Él dijo (...) Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día (...) como Jehová ha dicho» (Jos. 14: 10, 12).

La promesa de Dios era su seguridad, su consuelo y excelente recompensa. Pero tenía que esperar su cumplimiento, y la espera parecía muy larga... Así es casi siempre, especialmente cuando se espera a Dios. Pero Dios obraba a su favor mientras él esperaba.

Una devoción como la de Caleb produce resultados maravillosos. Tal devoción es el suelo del que brota la fe que puede reclamar la realización de la promesa: «Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día».

Se necesitaba mucha fe para hacer un reclamo tan grande. Pensemos acaso en los anaceos que defendían ese monte con sus manos gigantescas... ¡Pero la fe triunfó! Y si la palabra «quizás» aparece en su discurso, como indicación de duda o temor muy humanos, debemos entender que no surgió motivada por ninguna duda de Dios, sino de esa desconfianza en sí mismo que es una tendencia común en las personas de grandeza moral. Amado lector, a usted también le espera una herencia, algún Hebrón prometido, algún bendito don del infinito amor de Dios en Cristo. A usted le toca decir, con fe semejante a la de Caleb: «Dame este monte».

Hebrón aquí es sinónimo de amistad, compañerismo y amor. Tal es, de hecho, su etimología; y tal vez por eso Caleb tenía tantos deseos de quitarle el nombre reciente que le habían puesto los gigantes -quariat-arba- y resucitar la palabra que había brotado con tanta frecuencia de los labios de Abraham. Hebrón le recordaba aquella comunión con su Amigo invisible que había disfrutado durante las peregrinaciones y vicisitudes de su larga vida; y que no iba a terminar ahora, porque en la reclusión de su hogar, a la sombra de su viña o de su higuera, hablaría con Él como alguien con su compañero.

Los que siguen a Dios también lo conocen. Él se vuelve para ver a los que lo siguen, escucha su petición y el deseo de conocer dónde mora, y les dice: «Venid y ved».

Y dijo Caleb: «He aquí, hoy soy de edad de ochenta y cinco años. Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra, y para salir y para entrar».

Esto es, la consagración es la fuente de la fortaleza que no mengua. El alma debe aprender a recibir el poder que Dios da al debilitado, y a tomar la fortaleza que Dios aumenta a los que desfallecen.

Esta fuerza se consigue sólo mediante la obediencia. Dios no la otorga sino a los que tienen un propósito profundo y deliberado de hacer su voluntad, seguir su camino y ejecutar su obra.

De todos los israelitas que recibieron su herencia en la tierra prometida, parece que Caleb fue el único que logró expulsar completamente a los ocupantes nativos del país. En general, parece que los israelitas hicieron sólo avances limitados contra sus fuertes y poderosos enemigos, con sus carros de hierro y sus ciudades amuralladas. A menudo encontramos la triste afirmación: «No pudieron expulsarlos».

Caleb fue la excepción notable. Sólo el hombre que siguió cumplidamente a Jehová fue completamente victorioso.

¡Qué conclusión tan preciosa y profunda! Nuestro fracaso al tratar de expulsar los gigantes de pecado del corazón, de la corrupción innata y de los ataques de Satanás se debe casi totalmente a la falta de consagración. Pero, en cuanto sabemos, cuando estamos completamente rendidos a Dios, ningún pecado puede desafiarnos, porque nada puede desafiarlo a Él.

Tal devoción nos capacita para bendecir a otros. Así, por ejemplo, dos veces se nos cuenta que Acsa descendió de su asno para pedirle bendiciones a su padre Caleb: «Dame también fuentes de aguas. Él entonces le dio las fuentes de arriba, y las de abajo» (Jos. 15:19).

Sigamos al Señor de todo corazón a fin de obtener promesas, no sólo para nosotros mismos sino también para otros. Entonces, como Otoniel y Acsa, los miembros de nuestro círculo familiar se reunirán a nuestro alrededor para pedirnos bendiciones, y tendremos el poder para abrir fuentes de bendición espiritual en las alturas de los lugares celestiales y en lo profundo del servicio práctico cotidiano, así como en el valle de la vida humana.

# Capítulo 18

## Recibir y reinar

La distribución de Canaán, inaugurada bajo la dirección de Josué y Eleazar en Gilgal y que se había suspendido temporalmente por el reclamo de Caleb, ahora se continuaba. Para comenzar, las tres tribus grandes de Judá, Efraín y Manasés recibieron su herencia. Una mitad de la tribu de Manasés ya había recibido su parte, dada por Moisés, al otro lado del Jordán. Los descendientes de José recibieron al principio sólo una parte, y se separaron ciudades para los descendientes de Efraín en medio de la herencia de los hijos de Manasés (véase Jos. 16:9; 17:14).

En cuanto concierne a cada una de las tribus, se hace la misma confesión melancólica que se repite a menudo en este libro y el siguiente, como el monótono tañer de una campana de costa sacudida por las olas al estrellarse contra un acantilado peligroso: «No pudieron arrojar a los de aquellas ciudades; y el cananeo persistió en habitar en aquella tierra» (Jos. 17:12).

Sin duda, Israel cometió un gran error al dejarlos que se quedaran a pesar de la promesa de Dios: «Los arrojaré de delante de los hijos de Israel».

No podríamos condenarlos por esto, sin ponernos en peligro de condenarnos a nosotros mismos. No hay razón para dejar que el pecado ni las pasiones carnales se afirmen o encuentren apoyo alguno en la región de la naturaleza redimida. No los dejemos que persistan en establecerse en nosotros. Aunque pudieran resistir, no pueden hacer nada delante del Omnipotente que los venció en la cruz, y se propone destruirlos del todo.

La presencia de los cananeos produjo un altercado entre los hijos de José y Josué: «¿Por qué nos has dado por heredad una sola suerte y una sola parte, siendo nosotros un pueblo tan grande?»

«Si son un pueblo tan grande -les contestó Josué-, hay mucho territorio sin conquistar dentro de los límites de su herencia, Bosques, tal vez. Hagan desmontes, saquen las raíces, con los troncos, y cultiven el rico y fértil suelo abonado con las hojas de muchos otoños».

Con mucha frecuencia le pedimos a Dios zonas de servicio más amplias, cuando no estamos usando las que están a nuestro alcance. No suspiremos por el servicio en el campo misionero hasta que hayamos cubierto el terreno que nos es más conocido. Aunque el bosque sea muy denso, el hacha de la fe perseverante lo despejará.

Pero ellos insistieron: «No nos bastará a nosotros este monte; y todos los cananeos que habitan la tierra de la llanura tienen carros herrados» (Jos. 17:16).

Josué les dijo que debían usar todo el poder que tenían para echar a los cananeos de la tierra y para cortar los bosques. También nosotros debemos usar todas nuestras fuerzas para conquistar el territorio que debemos ganar para Dios. Tal vez la mejor manera de alcanzar poder espiritual rápidamente es reclamar y usar la gracia abundante que está a nuestro alcance, esperándonos en nuestro Salvador viviente...

«Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y el don de la justicia» (Ro. 5:17).

Hay, en efecto, cristianos que sólo existen; otros viven; otros reinan en vida. Unos tienen vida; otros la tienen en abundancia. Reinan en vida es saber que somos reyes y sacerdotes para Dios, un linaje real, un pueblo escogido. Este concepto envuelve nobleza de conducta, como conviene a descendientes de la realeza; generosidad, como cuando el príncipe reparte regalos con liberalidad a la multitud; y victoria, propia del monarca que al subir al trono ha puesto a sus enemigos en sumisión.

Gracias a Dios que la razón por la cual tantas personas no reinan en vida no resulta de una distribución desigual de la gracia divina, sino de una capacidad diferente de recepción espiritual en sus hijos. Algunos dejan de recibir la gracia divina porque no saben cómo o por qué no han alcanzado la posición en la experiencia cristiana en la que puedan aprovecharse de ella. Los grandes santos son simplemente grandes receptores. Tal vez sean deficientes en cultura, educación y mil cosas más que otros tienen, pero han aprendido el arte feliz, indicado por la palabra «recibir», que se encuentra por todo el Nuevo Testamento.

En otras palabras, ¿queremos reinar en vida? Debemos recibir entonces la gracia que se nos ofrece para que nuestra vida alcance más realeza y nobleza. ¡Qué importa que las colinas abunden en bosques y que los valles estén llenos de enemigos, si hemos de recibir y usar el poder que tenemos a nuestro alcance!

«Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio» (Is. 54:17).

La falta de gozo de muchos corazones cristianos a menudo se debe a que no saben la diferencia entre la oración de súplica y la que recibe la recompensa de la mano extendida de Jesús. Con mucha frecuencia nuestras oraciones parecen barcos perdidos. En realidad, han llegado a puerto feliz cargados de grandes riquezas; pero no estábamos allí para recibir lo que nos correspondía.

En definitiva, asegurémonos de que lo que pedimos está en conformidad con la voluntad de Dios, expresada en alguna promesa o precepto de las Escrituras, pidamos con sencillez y reverencia, usemos el Nombre de Jesús - esto es, permanezcamos en Él y roguemos por su gloria-, creamos que Dios si oye y responde nuestras oraciones, vayamos tranquilos sabiendo que Dios es fiel, descansemos en Aquel que se ha comprometido a cumplir sus promesas, actuemos como quien tiene todo el conocimiento y el gozo posibles... ¡Y entonces veremos que los montes tienen que convertirse en valles y los bosques en pastizales!



# Capítulo 19

## Concluyendo la tarea

Las dos grandes tribus quedaron al fin establecidas: Judá, como lo sugiere Dean Stanley, como un león para guardar el sur y recogido en la fortaleza de Sion, en tanto que Efraín, como buey más pacífico aunque no menos poderoso, debía pacer por los ricos valles del centro de la Palestina, y defender la frontera norte. Entonces Josué pudo poner su atención en otros asuntos de importancia: erigió el tabernáculo en Silo. Veamos los preámbulos...

Durante la marcha por el desierto, al acampar, el tabernáculo ocupaba el centro del campamento. Alrededor se agrupaban las tiendas de los sacerdotes y levitas, mientras las tribus ocupaban lugares específicos, tres en cada uno de los cuatro puntos cardinales. Si comparamos con cuidado esas posiciones con los territorios asignados en la tierra prometida encontramos una asombrosa semejanza. Parece que se hubieran repetido los rasgos principales del campamento en el establecimiento final en la tierra conquistada. Y para completar el paralelo, se pasó el tabernáculo de Gilgal a Silo, que quedaba muy cerca del centro de Canaán.

Allí, en el centro del territorio, abrigado y resguardado por las tribus más fuertes, al este de la carretera que va de Betel a Siquem, estaba el lugar escogido donde el tabernáculo de Dios estaba entre los hombres y Él moraba con ellos.

Otro asunto, menos grato, en el que tuvo que ocuparse Josué fue en reprender al pueblo por su negligencia: «Y Josué dijo a los hijos de Israel: ¿Hasta cuando seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová el Dios de vuestros padres?» (Jos. 18:3).

En ese momento los veintiún comisionados se levantaron para recorrer la tierra y delinearla. Presentaron a Josué su informe en forma de libro que en siete partes describía la tierra por ciudades. Tal vez ese informe de lo que vieron fue el medio que usó Dios para sacar al pueblo de la apatía en que se había hundido.

Primero se adjudicó la parte de Benjamín, el amado del Señor, un lugar de seguridad con Él, protegido todo el día, y llevado en los hombros del Todopoderoso, tal como las madres orientales arrullan a sus niños, les dan abrigo y los crían con muchos cuidados. Estaba la parte de Zabulón, hasta cuyas playas el océano inmenso arroja los tesoros de los abismos, en cuyo corazón quedaba Genesaret, con los fragantes recuerdos del Dios manifiesto en la carne. Estaba la parte de Isacar, quien sacó tesoros de las arenas, emblemas de las piedras preciosas, las perlas y los cristales del carácter espiritual. Estaba la parte de Aser, cuyo aceite nos recuerda la unción del Espíritu Santo, mientras la resistencia de sus zapatos nos habla del Invencible que pisa sobre serpientes y escorpiones. Estaba la parte de Neftalí, satisfecho de favores y lleno de las bendiciones del Señor; poseedor de ricos bosques, el círculo de Galilea, y el jardín de Palestina. Cada una de esas partes simboliza prendas espirituales que debemos poseer.

Acaso nosotros, por mucho tiempo, hemos sido negligentes para poseer la plenitud del Espíritu Santo que puede estar en nosotros como manantial de agua viva que nos sacia completamente; como la fuente del patio de un castillo asediado, que permite a sus soldados desafiar el asedio. Simbolizan el conocimiento de Jesús, la participación en su victoria y las bendiciones que están tan lejos de la experiencia común de los cristianos como Canaán lo estaba de las experiencias del desierto. Es muy triste que sepamos tan poco de todo esto.

¡Cuánto nos perdemos! La vida nómada no podía proporcionar a aquellas siete tribus tanto gozo duradero como su dominio absoluto de Canaán. Pero esta comparación no alcanza a reflejar la pérdida que sufrimos al dejar de apropiarnos y disfrutar de la bendición que Jesús tiene preparada para nosotros. Vayamos a nuestro Josué de Silo y pidámosle que nos guíe para conseguir su gracia y sus bendiciones. También Josué recibió su propia herencia: «[Los hijos de Israel] le dieron la ciudad que él pidió: Timnat-sera, en el monte de Efraín» (Jos. 19:50). Esta era «la parte del sol», en hebreo.

El anciano veterano se había ganado el favor de su pueblo, y debió de sentirse muy feliz al retirarse a su propiedad donde pasó los veinte años de vida que le quedaban. La grandeza de su carácter y su influencia en la conducta del pueblo se pueden inferir de todos los males que le sobrevinieron a Israel después de la muerte de Josué. Su sola presencia entre la gente era un freno: «Sirvió Israel a Jehová todo el tiempo de Josué» (Jos. 24:31).

Josué hizo además provisión de refugio para los homicidas. Se señalaron tres ciudades de fácil acceso a cada lado del Jordán. Allí podría huir del vengador cualquier homicida que matara a alguno por accidente y no a sabiendas. Una vez dentro de las murallas de la ciudad, con la respiración entrecortada por la carrera, el homicida esperaba a la puerta, hasta explicar a los ancianos su caso, para poder obtener de ellos su admisión dentro de la ciudad de modo provisional.

Cuando aparecía el vengador de la sangre, parece que se daba un fallo final sobre su causa; si se demostraba claramente que no había animosidad o premeditación en el golpe que causó la muerte, se permitía que el homicida permaneciera allí, hasta la muerte del sumo sacerdote de aquel tiempo.

¡Anímate, oh cristiano! Aunque hayas hecho muchas cosas malas por tu ignorancia e imprudencia, puedes ir a la ciudad de Refugio (que es el Señor); allí, no sólo serás salvo y estarás seguro, sino que también disfrutarás de tu herencia, pues el Sumo Sacerdote ha muerto y así ha quitado tu pecado para siempre; por lo tanto no hay condenación para ti, pues estás en Él.

Igualmente, Josué señaló ciudades para los Levitas. Había una maldición antigua que pendía sobre los destinos de Simeón y Leví. Eran hermanos y habían perpetrado un crimen terrible que le había dado a Jacob su padre muy mala fama entre los habitantes de Canaán y los ferezeos. El patriarca agonizante no pudo olvidar ese hecho de traidora crueldad, y al recordarlo dijo: «Armas de iniquidad sus armas (...) Maldito su furor, que fue fiero; y su ira, que fue dura. Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel» (Gn. 49: 6 y 7).

Pero esta maldición no se cumplió de la misma manera en cada caso. Para Simeón se cumplió al pie de la letra. Establecida en el sur de Canaán, entre Judá y Filistea, esta tribu se volvió cada vez más nómada, hasta desaparecer como grupo. En el caso de Leví, la maldición se convirtió en bendición. En el Sinaí, cuando Moisés pidió que todos los que fueran fieles a Jehová se reunieran a la entrada del campamento, los levitas, como un solo hombre, respondieron a su pedido. También Finees, quien tomó una acción tan decisiva en el asunto de Baalpeor, era levita. Por eso Jehová hizo un pacto de vida y paz con ellos, los tomó como sustituto por los primogénitos de Israel, y se comprometió a ser Él mismo su herencia (véase Nm. 18:20; Jos. 13:33).

Por mandato divino, se dieron cuarenta y ocho ciudades a los levitas, con unos 418 metros de pastos en ejidos medidos a partir de las murallas de las ciudades. Allí vivían cuando no estaban de servicio en el templo, o cuando por su edad no podían asistir a su oficio sagrado.

Como Jacob lo profetizó, fueron esparcidos, pero el resultado fue saludable. Impregnaron toda la Tierra con la influencia santificadora de Silo. Además, la enseñanza de la ley era una prerrogativa especial de los levitas, quienes parece que viajaban a través de los distritos que les fueron asignados. Y así, finalmente, la obra terminó: «No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió» (Jos. 21:45).

# Capítulo 20

## La tierra prometida

Cuando los siete años de combates finalmente terminaron, los hijos de Israel se establecieron para disfrutar de la tierra. El silencio de las Escrituras sobre sus actividades sugiere el gran interés con que el pueblo se dedicó al cultivo de la tierra y a la ocupación de grandes ciudades que no habían edificado ellos y de casas llenas de cosas buenas que ellos no habían traído. Las cisternas que ellos no habían cavado recogían aguas refrescantes para los viñedos, olivares y huertas; y comían y estaban satisfechos.

Nuestro primer descubrimiento es el significado del reposo: «Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres» (Jos. 21:44).

Había una medida muy clara de reposo. Se dice literalmente que «la Tierra descansó» (Jos. 11:23) y también el pueblo. Pero queda igualmente claro que Canaán no cumplió a plenitud con el ideal de Dios. El reposo de Canaán, así como muchas otras cosas del libro de Josué, podrían a lo sumo ser sólo tipo y sombra del reposo espiritual, esa sagrada tranquilidad, esa paz indescriptible que llena los corazones de los hombres con el reposo de Dios mismo. Por eso, el apóstol dijo: «Porque si Josué les hubiera dado el reposo [el Espíritu de inspiración por boca de David], no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios» (He. 4: 8 y 9).

Hay reposo desde el primer brote alegre de la vida nueva, pero se intensifica con los años. Su causa es la creciente convicción de que el camino de Dios es perfecto, su voluntad es muy amable y su plan el mejor.

Con todo, al entrar en dicho reposo, tenemos al principio que cuidarnos de la desconfianza, pensar que todo vaya bien y solazarnos con las promesas y con lo que nos trae seguridad. Con el paso del tiempo, la voz de la experiencia va aumentando su volumen dentro de las cámaras secretas del corazón. Y cuando desde alguna cumbre de la vida consideramos nuestro pasado, nuestros corazones se llenan de las emociones del reposo tranquilo. Y así el descanso, nacido de la confianza, se va profundizando, porque la confianza se agranda con el conocimiento progresivo.

Mientras más crecemos en el conocimiento de Dios, y de su Hijo Jesucristo, tanto más absoluta es nuestra confianza en su amor eterno que todo lo llena; y tanto más inquebrantable es nuestro reposo.

Hay una anécdota a destacar en estos días finales del libro de Josué: la llegada de los cuarenta mil guerreros que tan noblemente habían cumplido su promesa. A saber, éstos recibieron el agradecimiento público del gran jefe Josué, y su último consejo: «Volved, regresad a vuestras tiendas (...) solamente que con diligencia cuidéis de cumplir el mandamiento (...) de Jehová» (Jos. 22: 4 y 5).

Cuando llegaron a las barrancas del Jordán y reflexionaron en que su corriente los dividiría del resto del pueblo, les sobrecogió de repente el temor de que, en el futuro, las siete tribus y media podrían decirles a sus descendientes: «¿Qué tenéis vosotros con Jehová Dios de Israel? Jehová ha puesto por lindero el Jordán entre nosotros y vosotros (...) no tenéis vosotros parte en Jehová» (Jos. 22: 24 y 25).

Para evitar esto, y para dejar en claro para el futuro su identidad con el resto del pueblo, levantaron un altar en la orilla occidental del Jordán. Fue un testimonio perpetuo de que sus constructores fueron israelitas fieles. Pero fue un gran error. Si hubieran obedecido las instrucciones divinas, de que tres veces al año todos sus varones debían aparecer delante de Dios en Silo, no habría habido necesidad de esta torpe invención.

Descubrimos la necesidad de paciencia al tratar con los que están en error o espiritualmente caídos. Cuando las tribus de Israel supieron de la erección del altar, su primer impulso fue salir de una vez a pelear contra sus hermanos. Silo era el lugar de congregación, y parecía que se había hecho una ofensa contra ese santo lugar.

Los consejos más sabios prevalecieron, y les pareció mejor enviar a Finees y a diez príncipes, hombres notables, como una embajada a nombre de toda la congregación del Señor. Encontraron a los guerreros en la tierra de Galaad a punto de dispersarse para ir a sus hogares, entonces les protestaron: «No os rebeléis contra Jehová, ni os rebeléis contra nosotros» (Jos. 22:19).

El espíritu del amor había penetrado tan profundamente en sus corazones que aun propusieron compartir con sus hermanos la tierra de Canaán occidental, en la que se encontraba el tabernáculo del Señor:

«Si os parece que la tierra de vuestra posesión es inmunda, pasaos a la tierra de la posesión de Jehová (...) y tomad posesión entre nosotros» (vs. 19).

Tenían ahora el deseo de restituir al equivocado, lo cual era muy diferente de la manera como sentían antes. Esto produjo el efecto deseado al obtener una repudia franca de cualquier deseo de apartarse del camino del Señor, además de una explicación sencilla de los motivos que tenían para hacer el altar. Así, pues, todo lo ocurrido afirmó más los lazos de hermandad y produjo alegres expresiones de agradecimiento y alabanza.

# Capítulo 21

## Amad con diligencia

Probablemente ya habían pasado dieciocho años desde los sucesos registrados en el capítulo anterior. El reposo que Dios les había dado no había sido perturbado por ningún levantamiento armado de los cananeos; y el pueblo había podido proseguir los trabajos de la agricultura y la ganadería sin tener que preocuparse por la guerra.

Mientras tanto, el transcurrir de los años había dejado sus marcas evidentes en la apariencia y la energía del gran jefe, que se había vuelto ya «viejo y avanzado en años». Josué, sabiendo que ya se acercaba su fin, llamó a los principales del pueblo a una audiencia. Fue una reunión imponente y memorable, probablemente en la vecindad de su propia heredad, o en el lugar sagrado de Silo. De pie, en un lugar prominente de aquella congregación, Josué dirigió los pensamientos de sus oyentes hacia el pasado y les recordó lo que Dios había hecho por ellos. Él los había traído y los había establecido en la montaña de su herencia, en el lugar que Él había hecho para morar; y nada había faltado de todo lo que Él había prometido.

Lo que más le preocupaba a Josué eran las naciones que quedaban sin expulsar de la tierra de Canaán. Siete veces se refiere a ellas: lo que Dios les había hecho, que Dios estaba preparado para expulsarlas y, especialmente, la tentación tan grande que representaba su presencia perpetua, pues el pueblo podría ser tentado a mezclarse con ellos, a concertar matrimonios con ellos y a adoptar sus dioses falsos.

Como protección contra estas malas consecuencias, Josué propuso tres medidas de salvaguardia... A saber, la primera nos recuerda la admonición que se le dio a Josué al principio de este libro, que debían ser valientes para hacer y guardar todo lo que estaba escrito en la ley de Moisés. La segunda era la certeza de que si se identificaban con los gentiles por matrimonios o prácticas idólatras, no podrían dominarlos en batalla, sino que ellos se convertirían en trampa, tropiezo, azote y espinas para los israelitas hasta que perecieran de esa buena tierra a la que habían venido. Pero es en la tercera donde hizo especial hincapié: «Guardad, pues, con diligencia vuestras almas, para que améis a Jehová vuestro Dios» (Jos. 23:11).



Toda la ley y la vida humana se cumplen en esa palabra: «Amarás».

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente» (Mt. 22:37).

Ama a Dios, y no te contentarás sino con la herencia de toda la Tierra, aun hasta el gran mar de su amor sobre el cual nunca se pone el sol. Ama a Dios, y el valor te poseerá. Ama a Dios, y también amarás su Libro. Ama a Dios, y poseerás a Dios y Él te poseerá a ti. Ama a Dios, y llegarás a ser uno con todos los santos de la Tierra y del Cielo y de todo el universo, para quienes Él es el amor supremo.

Pero ¿cómo obedeceremos el mandamiento «amad con diligencia»? ¿Cuáles son los medios para lograr la obediencia a esa gran ley?

En primer lugar, recordemos que el amor es de Dios. El único Ser que existe verdaderamente es Dios. Hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas. Él está sobre todo, a través todo y en todo. Por tanto, todo el amor, el poder y la sabiduría no sólo residen en Él, sino que pasan de Él a todos los otros seres, según la medida en la que estén preparados para recibirlo.

Es lógico, pues, que los que aman con pureza, sin egoísmo, con poder, deban conversar íntimamente con Dios. Si hemos de dar, debemos conseguir; si hemos de compartir, debemos obtener. ¡Oh, quién pudiera andar más cerca de Dios!

Además, el amor de Dios nos viene por medio de Jesucristo. El amor de Dios ha sido acumulado en la humanidad de Jesús. La esencia divina se expresa por medio del afecto humano. Cuando conocemos a Jesús, es decir, estamos unidos a Él por la fe y por medio de Él a Dios, comenzamos a experimentar la plenitud del amor divino que viene de Dios el Padre, a través de su Hijo, para convertirse en nosotros en pozo de agua viva, que salta para vida eterna (véase Jn. 4:14). En otras palabras, el amor engendra amor; pensemos entonces cuánto nos ama Jesús, puesto que se entregó a Sí mismo por nosotros. Hablemos de Él con otros, hasta que nuestra alma comience a resplandecer.

El amor también nos viene por el Espíritu Santo: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado» (Ro. 5:5).

No olvidemos nunca que el primer fruto del Espíritu es amor. Cuando somos fortalecidos por el Espíritu Santo en el hombre interior, comenzamos a conocer todas las dimensiones de la plenitud del amor de Cristo.

Es igualmente importante que aprendamos a distinguir entre la emoción del amor, que es variable e inconstante, y el amor mismo. Recordemos también que es posible amar a Dios no sólo de corazón, sino también con la mente.

La prueba del amor no es sentir o hablar sino obedecer: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama».

Cuidémonos de la intrusión de las sensaciones, pues cuando se da alguna licencia a los apetitos carnales, se sufre una pérdida inmediata en el crecimiento del alma en el amor de Dios.

Finalmente, subamos al amor de Dios por medio del amor al hombre. Tratemos a todos los seres humanos como si les amáramos, y llegaremos a sentir ternura y piedad por ellos. Actuemos siempre así por el poder del Espíritu que mora en nosotros, y sin duda recibiremos más y más, aunque sin comprenderlo, del insondable amor de Dios.

# Capítulo 22

## Vísperas

Una vez más el guía veterano, quien era a la vez soldado, juez, estadista y profeta, deseaba ver a su pueblo cara a cara. Su reunión con los representantes del pueblo fue seguida, casi de inmediato, por la congregación de las tribus de Israel en Siquem. Fue allí donde habían estado juntos años antes en convocación solemne, mientras en las colinas del Ebal y del Gerizim se oían los amenes del pueblo en respuesta a las bendiciones y a las maldiciones. Todavía se podían ver claramente las piedras en las cuales se había escrito la ley, y toda aquella escena revivió en la memoria de la mayoría de los que estaban reunidos. Pero a partir de ese momento, el valle quedaría asociado con esta conmovedora escena de despedida en la cual Josué expresó su última exhortación e instancia...

Allí, Josué les contó de nuevo la historia del pasado de Israel, comenzando donde comenzó Dios, con los padres en su tierra nativa de más allá del Eufrates, al amanecer de la historia.

Isaac, Jacob, Esaú -nombres que hicieron vibrar las cuerdas más profundas de los corazones de los oyentes-, se recordaron en sucesión en el profundo silencio que dominaba toda la vasta asamblea. Luego el orador tocó terreno más conocido, al recordar nombres y sucesos que habían ocurrido durante su maravillosa carrera: la misión de los dos hermanos, las plagas de Egipto, el clamor y la liberación del Mar Rojo, el desierto, Balac, hijo de Zipor y Balaam, hijo de Beor, el paso del Jordán, la caída de Jericó, la conquista de las siete naciones de Canaán y la posesión de la tierra.

En toda la historia, el énfasis está en la gracia de Dios. No se menciona ninguno de los héroes de Israel. Todo se atribuye a la fuente original de la naturaleza, la historia y la gracia: la voluntad suprema de Dios.

No hay nada más benéfico que detenerse en la ancianidad y en el ocaso dorado de la vida y repasar la manera como Dios nos ha guiado: el hogar lejano, donde los rostros se desvanecen en la aurora de la mañana de la vida, los cuales no veremos más hasta que se corra el velo de la eternidad, la dura esclavitud de la juventud, las muchas situaciones difíciles y las liberaciones, la nube guiadora de la peregrinación, la provisión cotidiana para las

necesidades incesantes, el amor humano, la bondad y la misericordia que nos han seguido todos los días de nuestra vida. ¡Oh, qué romance más maravilloso se encierra aun en la más insignificante de las vidas! Pecado y perdón, provocación y piedad, gracia y regalo. No hay nadie que no diga que su propia historia es la más maravillosa de todas cuando compartamos experiencias en aquella tierra que no conquistaremos con espada y arco, morando en mansiones que no construimos, comiendo de viñas y olivares que no plantamos.

Parece, empero, que el pueblo mantuvo por mucho tiempo la adoración de dioses domésticos, como los que Raquel le quitó a Labán. Probablemente esa práctica se perpetuó clandestinamente. Los gérmenes de la maldad sólo esperaban las condiciones favorables para manifestarse, y Josué tenía razón para temer el desarrollo futuro de la engañosa corrupción. Por eso, con mucho énfasis, Josué le pidió al pueblo que pusieran a un lado los dioses que Tera y otros de sus antepasados habían servido más allá del río, y los que en vano habían invocado en sus chozas de esclavos en Egipto. Hizo esto al terminar su discurso (vs. 14), y otra vez antes de clausurar la memorable entrevista (vs. 23).

Fue entonces cuando los israelitas confesaron que no tenían intención de dejar a Jehová para servir a otros dioses. Reconocieron libremente que le debían todo a Dios desde el Éxodo hasta la posesión de Canaán. Expresaron también su determinación de servir al Señor.

No se sabe si expresaron estos votos en un atronador unísono, o por boca de representantes escogidos, o si el historiador tomó el consenso de sus sentimientos al pasar su opinión de boca en boca. Pero es obvio que Josué detectó indicios de doblez en sus voces. Quizás captó la irrealidad de su confesión cuando no dieron señal de abandonar sus dioses extraños. ¿Esperaba él una repetición de la escena que tuvo lugar en aquel mismo sitio tantos años antes cuando, a petición de Jacob, su familia le entregó todos los dioses falsos que poseían y los aretes, y él los escondió bajo la encina que estaba en Siquem?

Pero no hubo tal reacción. El pueblo se quedó en promesas y no hizo sacrificios. No hubo holocaustos, y Josué conoció muy bien la irrealidad de la confesión que no pasó de las palabras.

«Esto -dijo en efecto- no es el modo de servir al Señor. Él es un Dios santo, un Dios celoso. Él sacará a luz los pecados secretos de ustedes; no se satisfará con sólo el servicio de labios; Él no pasará desapercibidos la transgresión y el pecado».

Pero los israelitas estaban llenos de confianza en sí mismos y prometieron que servirían al Señor a todo costo. Allí, de pie ante Josué, se olvidaron de todos los fracasos del pasado, se burlaron de sus temores, se mofaron de las sugerencias de deterioro moral posible, y clamaron: «No, sino que a Jehová serviremos».

El libro de los Jueces niega terriblemente esas orgullosas palabras. ¡Servir al Señor! La primera frase que sigue al registro de la muerte de Josué en ese libro nos dice que: «Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales. Dejaron a Jehová el Dios de sus padres» (Jue. 2: 11 y 12).

Y este informe se repite con monotonía melancólica en casi cada página. En realidad, la resolución, aunque sea buena y se exprese con fuerza, no es suficiente para hacernos avanzar hacia una vida de obediencia. Nuestra naturaleza moral se ha debilitado tanto por los continuos fracasos que no puede resistir las insinuaciones de los sentidos. El querer está en nosotros, pero no el hacer lo que es bueno. Nadie puede contemplar la estructura de su propia naturaleza sin darse cuenta de la terrible parálisis que ha sufrido. La consagración es posible solamente cuando se concibe, prosigue y realiza no por nuestro poder, sino por la energía del Espíritu Santo.

Esta fue, finalmente, la respuesta de Josué: «Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle». Es decir, les respondió según sus propias declaraciones y trató de obligarlos a cumplir los votos que habían hecho, ¿No intentaba acaso probarlos aún más, para que se dieran cuenta de la solemnidad de la ocasión, para obligarlos a afrontar la grandeza de la responsabilidad que habían contraído?

«Testigos somos», respondieron, como, años más tarde, el pueblo contestó a las repetidas propuestas de Pilato, haciéndose responsable de la sangre de Jesús...

¡Ay de su orgullosa confianza y de su terquedad en los propósitos! Aprendamos de este desengaño, para que cuando se pongan a prueba nuestras resoluciones, nos vanagloriemos únicamente en Dios. Acaso sólo en Dios podemos saltar barreras, o correr a través de la multitud. Pidámosle al Espíritu Santo que nos ate al altar del sacrificio personal con las cuerdas enrojecidas por la sangre del Calvario, la cuerda plateada de la esperanza en la Segunda Venida y la cuerda dorada de la comunión cotidiana con Dios. Como ya era inútil seguir hablando, Josué hizo un monumento de las promesas por las cuales se había comprometido el pueblo. Escribió las palabras de ellos en el libro de la ley de Dios y tomó una gran piedra y puso el libro debajo de ella...

«Y dijo Josué a todo el pueblo: He aquí esta piedra nos servirá de testigo, porque ella ha oído todas las palabras que Jehová nos ha hablado; será, pues, testigo contra vosotros, para que no mintáis contra vuestro Dios». Entonces despidió al pueblo para que volvieran a sus casas.

Hay cierto consuelo que se insinúa por contraste con esta escena solemne. Aun en la tierra prometida, el pueblo introdujo el antiguo espíritu sinaítico del deber y la obediencia como condición de su dominio. En Sinaí habían dicho: «Haremos todo lo que el Señor diga». Y lo repitieron en Canaán.

No obstante, Josué no le dio reposo al pueblo. Si lo hubiera hecho, David no hubiera hablado de otro día de reposo. Canaán fue sólo el tipo de la celebración del Sabbat del pueblo de Dios, pero no a plenitud. Cuanto más era sólo un tipo material e insatisfactorio. Les sirvió de reposo para las fatigas de la marcha, pero no para las capacidades infinitas del alma. El producto de los trigales, viñas y olivares no podía saciar el ansia de lo infinito que debió hacerse sentir en el corazón de Israel al establecerse la nación en la tierra dada por Dios. Así pues, como nos dice el Espíritu Santo, quedaba por encima de todo un reposo abierto por la fe para el pueblo de Dios de todas las épocas.

Llegamos a la verdadera bendición del reposo y la paz sólo cuando nos apropiamos de las provisiones del Nuevo Pacto, el cual está lleno de las promesas de Dios. Cuando nos declaramos incapaces de mantener la consagración, y nos contentamos con funcionar en el poder del Espíritu de Dios, experimentamos la plenitud de ese reposo que es profundo como el de Dios, semejante al firmamento azul que se esconde tras los rayos de oro que encienden la gloria del ocaso.

Al terminar su tarea, Josué se retiró a su heredad, pero la influencia de su carácter y de su ejemplo se dejó sentir mientras vivió, y aún después. Al fin murió de ciento diez años de edad y fue sepultado. Merecía, como el que más, todos los honores que recibió. Aunque no tuviera todos los dones de Moisés -como el hombre de los dos talentos de la parábola, mientras que su gran maestro estaba dotado de cinco-, Josué fue sabio, fuerte y fiel a la gran comisión encomendada a su cuidado por el pueblo y por Dios; y entre las estrellas que brillan en el firmamento de los cielos, el lustre de Josué no es el menos brillante, pues el hijo de Nun fue como un prototipo del Salvador resucitado y ascendido.

Para acompañar el estudio de este personaje con la lectura bíblica, léanse los capítulos 1 al 11, 13 y 14, 18, 22 al 24 del libro de Josué.